EL ¿QUÉ DIRÁN?

Y

EL ¿QUÉ SE ME DA Á MÍ?

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

PERSONAS.	PERSONAS.
EL BARON DE NIEVA.	DOÑA ROSALÍA.
DON TORIBIO.	LORENZA.
DON IGNACIO.	JUANA.
EL MARQUES DE POZO-FRIO.	BLAS.
CAMILA.	UN ESCRIBANO.

ALGUACILES.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala bien amueblada. Puerta en el foro, que es la de la antesala; otra á la derecha del actor; otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON, sentado.—CAMILA.

BARON. ¡Gracias á Dios!
CAMILA. (*Llegando.*) Mande usted.
BARON. ¡Diablo de mujeres! ¡Nunca
se ha de acabar su *toaleta!*

CAMILA. ¿Pero he de venir desnuda?
BARON. Vamos á cuentas, Camila,
(*Camila toma una silla y se sienta junto á su padr*
pues ahora no nos perturba
esa loca de mi hermana,
prototipo y *non plus ultra*
de la humana insensatez,
y tal vez hasta la una
no volverá.
CAMILA. ¿Y á qué viene
ese preámbulo...
BARON. Escucha.
Las niñas bien educadas
á un tierno padre no ocultan
sus sentimientos.
CAMILA. (¡Oh Dios!
¿Si sabrá...)
BARON. ¡Callas! ¡Te turbas!
Sí; tú estás enamorada.
Ese silencio te acusa.
CAMILA. ¡Padre...
BARON. No te dé vergüenza,
que no te pido disculpas.
Yo tambien he sido mozo,
y á pesar de la peluca,
y del reuma, y de la tos,
no creas que me disgusta
ni la sal de las morenas
ni la crema de las rubias.
Mas de una vez me ha ocurrido
reemplazar á la difunta,
pero darte una madrastra
es cosa que me repugna;
y ademas el ¿qué diran?
el temor de una importuna
cencerrada... No, no quiero
contraer segundas nupcias.—
Ea pues, habla. No temas
que sea tan absoluta
mi paterna autoridad
como tú acaso lo juzgas;

y pues la eleccion que has hecho
no desdora mi alta cuna...

CAMILA. (¡Qué oigo! ¿Aprobará...)

BARON. Y es jóven
de talento y de conducta...

CAMILA. ¡Oh! Crea usted..

BARON. Y de un tipo
que hermosos nietos me anuncia...

CAMILA. (*Entre avergonzada y gozosa.*)
¡Vaya...

BARON. En fin, rico en virtudes
como en bienes de fortuna...

CAMILA. (¡Ah! ¡Me engañé! ¡No es Ignacio!)

BARON. ¿Qué tienes? Habla: articula
con claridad las palabras.
Di de una vez que te gusta,
que le amas...

CAMILA. ¿Pero de quien
me habla usted?

BARON. ¡Buena pregunta!
Del que paséa tu calle
en una jaca andaluza,
del satélite que sigue
al astro de tu hermosura
en la ópera, en el Prado,
en la iglesia, en la tertulia;
del marques de Pozo-frio.

CAMILA. Cierto; sí... Le debo muchas
atenciones. Me distingue
entre otras damas; me adula,
pero...

BARON. Y tú le das oidos...

CAMILA. No respondo con injurias
al que me dice lisonjas,
que eso es cosa de palurdas;
pero..

BARON. No hai pero que valga.
Él te quiere hasta las uñas.

CAMILA. No dudo...,

BARON. Y te habrá insinuado
algo de dulce coyunda...

CAMILA. Creo que sí...

BARON. Y á los padres
no es posible que se encubran
esas cosas. Yo le he dicho
que si es boda lo que busca,
ó pasatiempo, y...

CAMILA. Mal hecho.
Perdone usted que interrumpa
su discurso. Pensará
que rabio como energúmena
por casarme.

BARON. No. Á Dios gracias,
no te pasas de madura
todavía. Ni la mano
de una hija amada y única
iría yo á pregonar
como banasta de fruta
por las calles. ¿Qué dirian?
Pero yo entiendo la brújula,
soi perro viejo, y vijilo
para que no te seduzcan.

CAMILA. Mil gracias. ¿Soi yo tan frájil
que teme usted que sucumba...

BARON. Por vicio, no; pero, al cabo,
tú eres una criatura
candorosa, y hai bribones
que con el demonio estudian...
No el marques. Le hago justicia.
Anoche junto á la estufa
le eché una indirecta... ¡Pues!
Y no esperó la segunda.
Me confesó que te amaba,
mas con intencion mui pura.
Yo le oí, como es razon,
con benevolencia suma,
y hoi aquí sobre la boda
tendrémos los dos consulta.

CAMILA. ¿Sin contar conmigo? ¡Bueno!

BARON. Como está fuera de duda
el mérito del marques,
y aunque no es rancia su alcurnia,
es un Creso americano,
y tiene injenio... de azúcar,

y cafetales y negros ;
no esperaba yo repulsas
de tu labio, sino albricias,
parabienes y aleluyas.

CAMILA. ¿ Y mi albedrío ?

BARON. ¡ Palabra
impertinente y absurda !
¡ A veinte años albedrío !
Y en buen hora entre la chusma
de doncellas populares,
que poco ó nada aventuran,
sea lícito que escoja
á su cuyo cada cuya ;
pero hija tú de un baron...
con B, seria locura
casarte de motu propio
como la plebe acostumbra.

CAMILA. No son de este siglo máximas
tan fatales, tan injustas.
Yo conozco mis derechos,
y no seré tan estúpida
que á la ambicion y al capricho
sacrifique mi ventura.

BARON. (*Levantándose. Camila se levanta tambien.*)
¡ Qué escucho ! ¿ Qué dirá el mundo ?
¡ Vea usted como fecundan
las idéas de *Rousseau!*
¡ Te sublevas, te pronuncias
contra un padre, y anarquista
te subes á la tribuna
para reclamar derechos
y para decirme pullas !

CAMILA. Yo no conozco á *Rousseau*
ni entiendo esas baraundas,
mas yo he de elejir el novio ;
claro, ó no me caso nunca.

BARON. ¡ Como .. ¿ Qué... ¿ Qué tono es ese ?
¿ Sabes que ya se me atufan
las narices y... ¡ Por vida !

CAMILA. Aplaque usted esa furia.
¡ Ah ! Bien quisiera...

BARON. ¿No sabes
que yo tengo malas pulgas?
CAMILA. Yo confío en mi justicia
y en la paternal ternura...
BARON. ¡Zalamerías ahora!
¿Te casas, ó no?
CAMILA. ¡Qué angustía!
Es bello mozo el marques,
mil cualidades le ilustran,
pero...
BARON. Vamos; ¿qué?
CAMILA. No le amo.
BARON. Eso es pecata minuta.
Basta que no le aborrezcas.
Ya madurarán las uvas.
CAMILA. Pero, señor...
BARON. ¡Nada, nada!
No te admito la renuncia.

ESCENA SEGUNDA.

EL BARON.—CAMILA.—DON IGNACIO.

D. IGNACIO. Tio...
BARON. Tú vienes, Ignacio,
en buena ocasion. ¡A ver
si me ayudas á vencer
ese carácter rehacio!
D. IGNACIO. Pues ¿qué ocurre?
BARON. Que tu prima
niega su mano á un buen mozo;
á todo un marques de Pozo...
CAMILA. ¡Ah!
BARON. Frio. ¿No te da grima?
Rico, galan, opulento,
buen jinete, y ¿qué sé yo...
y la llevará en landó...
Vaya, vaya... ¡Es mucho cuento!
D. IGNACIO. Y ella...
BARON. ¡Cuantas en Madrid,
cuantas su feliz estrella
envidiarán...

D. IGNACIO. Pero ella...
BARON. No le quiere. Ahí está el *quid*.
D. IGNACIO. ¿Será cierto?
BARON. Es una loca.
CAMILA. Para amigo, eternamente;
para esposo, no.
BARON. ¡Insolente!
D. IGNACIO. (¡Bendita sea tu boca!)
Confieso que no es cordura
despreciar tan buen partido;
mas si no gusta un marido,
es tambien cosa mui dura...
BARON. ¿Así me apoyas, bribon?
D. IGNACIO. ¿No quiere usted que sincero
le diga mi labio...
BARON. Quiero
que seas de mi opinion.
(¿Si estarán de intelijencia?)
D. IGNACIO. Pues yo debo declarar
que casarla á su pesar
es un cargo de conciencia.
BARON. (¡Hum! ¡Se miran!) ¡Bueno! ¡Bravo!
Mas ¿qué entiende una doncella
sin mundo y sin... ¿Sabrá ella
mejor que yo.. ¡Pues alabo!
Si en apariencia la oprimo
porque su bien me interesa,
nunca... (Otra mirada; y esa
es algo mas que de primo.)
Y es que ella ha perdido el seso,
ó tal vez el matrimonio
la asusta como el demonio.
La inesperiencia...
CAMILA. No es eso.
BARON. ¡Por vida de San Calisto...
Pues entrar monja es quimera,
que este siglo no tolera
esposas de Jesucristo.
CAMILA. Ni á mí me ha inspirado el cielo...
BARON. Pues tú para algo has nacido;
y veinte años has cumplido;
y yo quiero ser abuelo.

CAMILA. En buen hora ; pero no...
BARON. ¿ A qué hablarme de albedrío ?
Ya que no buscas tu avío,
deja que le busque yo.
D. IGNACIO. ¿ Quien sabe si ya su pecho
late amoroso, y la arredra
el temor..
BARON. ¿ Soi yo de piedra ?
(Saldrá lo que yo sospecho.)
¿ La trato yo como esclava ?
¿ No me vió siempre propicio ?
Iba á casarla... de oficio,
porque ella no se casaba.
Si amara su corazon
ya el asunto era diverso,
y á no ser ruin y perverso
el blanco de su pasion...
D. IGNACIO. (¡ Ah !)
CAMILA. (¿ Diré...)
BARON. Pero no hai tal.
Cuando ella no dice nada,
de nadie está enamorada.
¡ Corazon de pedernal !
CAMILA. ¡ Ah ! No ; que, sensible y tierno,
de amor las leyes supremas
ya, señor...
BARON. ¡ Vaya ! No temas.
Acaba. ¿ Quien es mi yerno ?
Por ser tu amor tan oculto
traté con otro galan
y me espongo al qué dirán ;
pero cuenta con mi indulto.
CAMILA. ¡ Padre mio !
BARON. Solo exijo
que sea buen caballero,
porque en esto soi severo.
Con la plebe no transijo.
CAMILA. Sí ; su nobleza es notoria...
BARON. Bien.
CAMILA. Y no cede á ninguna.
¡ Así tuviera fortuna
como tiene ejecutoria !

BARON. Los tiempos no están mui buenos,
mas ¡ todo sea por Dios...!
que, al fin, si os quereis los dos,
todo lo demas es ménos.
Con que... acabémos. ¿Quien es?

(*Camila y Don Ignacio se miran como indecisos. El baron se hace el distraido y los observa con disimulo.*)

CAMILA. (¿ Qué haré?)
D. IGNACIO. (Yo tiemblo.)
BARON. (¿ No digo?)
D. IGNACIO. ¡ Camila!
CAMILA. ¡ Ignacio!

(*D. Ignacio y Camila se animan mutúamente con una mirada, danse las manos y se arrodillan delante del baron.*)

BARON. ¿ Eh?
CAMILA. Conmigo
le tiene usted á sus pies.
BARON. ¡ Ah! ¡ Caísteis en la trampa!
Alzad. ¡ Voto á briós... Alzad...
(*Separándolos.*) ¡ Fuera esas manos! Soltad,
¡ ó por vida de mi estampa...
CAMILA. ¡ Padre...
D. IGNACIO. ¡ Como...
CAMILA. Usted decia...
BARON. Calle esa boca blasfema.
Ha sido una estratajema.
D. IGNACIO. Ha sido una felonía.
BARON. ¡ Calla, libertino! ¿ Así
pagas mi hospitalidad?
D. IGNACIO. Pero...
BARON. ¡ Calla!
CAMILA. ¡ Qué crueldad!
¡ Padre...
BARON. ¡ Silencio!
CAMILA. ¡ Ai de mí!

ESCENA TERCERA.

EL BARON.—CAMILA.—DON IGNACIO.—DON TORIBIO.

D. TORIBIO. ¿ Qué es esto, señor baron?
BARON. ¡ Oh ingratitud! ¡ Oh maldad!
Seducir á una inocente...

D. IGNACIO. Yo...
CAMILA. Perdone usted. No hai tal.
No puede haber seduccion
donde hai libre voluntad.
BARON. ¡ Calla !
D. IGNACIO. Nuestro amor es puro...
D. TORIBIO. ¡ Ah...! ¿ Se quieren ? ¿ Eso hai ?
Ya se ve ; primos y mozos...
No hai cosa mas natural.
¡ Hola, y no han perdido el tiempo !
tres dias hace no mas
que Don Ignacio ha venido
y se ha emparejado ya.
BARON. Abusando indignamente
de mi escesiva bondad.
D. IGNACIO. ¡ Tio...
D. TORIBIO. Y bien ; si ellos se adoran,
¿ qué sirve tomarlo á mal ?
Que se casen, y *laus Deo*,
y pelillos á la mar.
BARON. ¿ Y á usted quien le llama aquí ?
D. TORIBIO. Nadie. Mi amor á la paz...
BARON. ¿ Que se casen ? No ha de ser
con mi aprobacion jamas.
¡ Entregar mi única prole
á un pobre pelafustan
sin beneficio ni empléo...
Y aun lo de pobre, tal cual ;
pero haberse degradado
á tal punto... ¡ Atrocidad !
¡ Haber empañado el brillo
de mi ostrogodo solar
con un borron... ¡ Santos cielos !
D. IGNACIO. ¿ Como borron...
BARON. ¿ Qué dirán ?
D. IGNACIO. Mi conciencia está tranquila,
y aunque desde tierna edad
la ojeriza de la suerte
me ha perseguido tenaz,
de ninguna accion villana,
tio, me puedo acusar.
BARON. ¿ Eso dices, mal sobrino ?

¿No sé yo de pe á pa
toda tu vida y milagros
desde que en hora fatal
te metiste á campeon
de patria y de libertad,
y ya te iban á prender,
y tuviste que emigrar?

D. Toribio. ¿Y ese es todo su delito?
¡Vaya! Porque es liberal...
Hace bien...

Baron. Seor mayordomo,
váyase usted á cuidar
de la despensa.

D. Toribio. Es que yo...

Baron. No le juzgo criminal
porque piense como quiera,
que yo tambien tengo acá
mi sistema, y mi opinion,
y en todo ese guirigay
de derechos, uno solo
me puede; el de la igualdad.

Camila. ¿Pues qué le echa usted en cara?

Baron. ¡Qué horror!

Camila. Me hace usted temblar.

Baron. La bastardía mayor,
La mayor iniquidad...

Camila. ¿Es posible...

Baron. ¡Haber vendido
percales en Gibraltar!—
¿Os reis?—¿Se rie usted?—
¡Y en mostrador de nogal!
¡Y vara á vara, Dios mio!
¡Y recibiendo quizá
triste y mezquino salario
de algun nieto de Caifás!

D. Ignacio. Huérfano, espatriado, pobre,
¿qué habia de hacer? ¿Robar?

Baron. No.

D. Ignacio. ¿Implorar de puerta en puerta
la pública caridad,
ó pedir al estranjero

la sopa de un hospital?
¿No es esto mas vergonzoso
que ejercer con probidad
una profesion honrada?

BARON. Ya; sí, pero... el ¿qué dirán?...
tu cuna... Si fueras hijo
de algun fulano de tal;
si no tuvieras parientes...

D. IGNACIO. Cuando estaba por allá
ni á mis cartas respondiéron
ni me enviáron un real.

BARON. Yo no escribo á calaveras.

D. IGNACIO. Y es cosa mui singular
que me reprendan ahora
porque, á solas con mi afan,
pedí á la razon consejo
ántes que á la vanidad.

D. TORIBIO. Con el sudor de tu frente
el sustento ganarás,
dijo Dios al primer hombre...

BARON. ¡Dale! ¿Quiere usted callar?
¡Es mucho moscon!

D. TORIBIO. Y todos...
¡pues! somos hijos de Adan.

CAMILA. Pero, padre, usted procede
con mucha parcialidad.
Si el dedicarse al comercio
parece á un baron tan mal,
¿como con un comerciante
me pretende usted casar?

BARON. ¡Un comerciante... marques!
¡Una notabilidad
mercantil! Ya no desdeña
la aristocracia feudal
á la pecuniaria. A veces
se hace preciso cruzar
las castas, y á casa vieja
viene de molde un puntal;
mas de un hortera á un marques
¡ahí es nada lo que va!

D. IGNACIO. No me ha sido á mí tan próspera

la suerte. Con el caudal
que en cuatro años de desvelos
y ahorros llegué á juntar,
fleté un barco para América,
mas naufragó el capitan,
que era tambien socio mio,
y solo pudo salvar
la vida. ¡Amigo infeliz!

D. TORIBIO. ¿Y qué es de él?

D. IGNACIO. Tres años ha
que no me escribe...

BARON. Ahora bien;
¿no es una temeridad
que hombre fallido se case?
Ó tú no eres racional,
ó á la mano de Camila
desde hoi debes renunciar.

D. IGNACIO. ¡Renunciar! ¿Porqué, si el alma...

BARON. El alma no come pan;
convengo, pero el estómago
es un terrible animal,
y *sine Cérere et Baco*...
Ya sabes tú lo demas.

D. IGNACIO. Mis méritos y servicios
el gobierno premiará;
y entre tanto, pues no soi
ni un zote ni un holgazan,
trabajaré...

D. TORIBIO. ¿Y á qué asunto?
¡Vaya, no faltaba mas!
Con el dote de la novia...

BARON. Don Toribio, ó Don Satan,
no me sea entrometido,
que si mi hermana le da
mas alas que ha menester
un mayordomo incapaz,
á mí no me mayordoma
ningun bigardo.

D. TORIBIO. Es verdad;
pero vamos al decir...
Me parece regular...

BARON. (*A Don Ignacio.*)
Hasta que yo cierre el ojo,
no hai dote.
CAMILA. ¡Padre...
BARON. No le hai.
¿Lo entendeis? Y como pueda
viviré mas que Abraham.
CAMILA. Pues bien, ya que llega á tanto
la injusticia y la crueldad
de mi padre... está tomada
mi resolucion.
BARON. ¿Qué harás?
D. TORIBIO. ¡Toma! ¿Qué ha de hacer? Casarse,
que despues... Dios proveerá.
BARON. ¡Hum...
CAMILA. No señor; no resisto
la paterna autoridad;
mas mi vida será corta.
BARON. ¿Como...
CAMILA. A falta de puñal
ó de tósigo violento,
el dolor me matará;
y usted. que viva me aflije,
mañana en mi funeral
verterá tardías lágrimas...
BARON. ¡Jesus qué barbaridad!
Mas no lo creo. ¡A veinte años
morirse sin mas ni mas!
CAMILA. Sí señor; mas sin venganza
no veré la eternidad.
BARON. ¡Conato de parricidio!
D. IGNACIO. ¡Camila!
BARON. Venganza... ¿Cual?
CAMILA. Porque es pobre y fué tendero,
por un vano ¿qué dirán?
no quiere usted que á mi primo
llame esposo en el altar.
Pues bien; si vírjen y mártir
muero en la flor de mi edad,
ese primo, ese tendero,
ya que no yerno, será

del baron que le desprecia
heredero universal.

BARON. ¡Qué oigo! No habia pensado...
¡Intriga de Barrabás...!
Mas yo intrigaré tambien
para que ese perillan
no me herede. La vacante
de mi tálamo nupcial
ocupará una madrastra,
y si fruto no me da
de bendicion masculina,
vive Dios que soi capaz...

D. IGNACIO. ¡Tio...

BARON. Vete de mi casa
y no vuelvas á su umbral
en los dias de tu vida.

D. TORIBIO. ¡Eh, señor! No sea tan...

CAMILA. ¡Padre!

BARON. ¡Afuera! ¡Afuera digo!

D. TORIBIO. ¿Sí? Pues se irá, y no se irá.

BARON. ¡Eh! ¿Qué quiere decir eso?

D. TORIBIO. Este piso principal
es de Usía y de su hermana,
porque paga la mitad;
y si Usía echa de un lado
á su sobrino carnal,
yo le recibo en el otro.

BARON. ¿Como? ¿Con qué autoridad?

D. TORIBIO. En nombre de mi señora.

BARON. ¿Habrá idiota mas audaz?

D. TORIBIO. Y si no, en mi nombre propio,
que ya me canso de andar
con repulgos de empanada.

(*Miéntras disputan el Baron y Don Toribio, hablan en secreto Don Ignacio y Camila.*)

BARON. ¡Insolente! Ya sabrá
mi hermana...

D. TORIBIO. Cuando yo lo hago
sé lo que me hago, y tres mas,
y se acabó. En esta sala,
que es el terreno neutral,

defendámos el comun
derecho de vecindad..
Mande Usía en la derecha
y déjeme á mí mandar
el ala izquierda, y...

BARON. ¡Bergante!

D. TORIBIO. Tengámos la fiesta en paz.

BARON. ¡Ya se me sube á las barbas!
¿Y no ha de haber tribunal
que tanta audacia castigue?
(*A Don Ignacio y á Camila.*)
¿Qué haceis? ¡Por vida... ¡Apartad!
(*A Don Ignacio.*)
¡Afuera!

D. TORIBIO. (*Mostrando la puerta de la izquierda.*)
Adentro.

D. IGNACIO. Mil gracias.

BARON. ¿Le obedeces? ¿No te vas?

D. IGNACIO. ¿Qué quiere usted? Soi amante;
y pues á escojer me dan
entre no ver á mi prenda
y verla...

BARON. No la verás.
(*A Camila.*) Anda á estudiar tu leccion
de jeografía.

CAMILA. ¡Papá...

BARON. Y si sales de tu cuarto
sin mi permiso especial,
te encerraré en la guardilla.

D. TORIBIO. No señor. Eso será
lo que tase un sastre.

BARON. ¿Como...?

D. TORIBIO. La guardilla es propiedad
de ambos sexos; es decir,
de Usía y de...

BARON. ¡Voto á San...

D. TORIBIO. Y de su hermana y señora
mia.

BARON. Malditos seais
mi hermana y tú.

CAMILA. ¡Á Dios!

D. IGNACIO. ¡Á Dios!
BARON. (*Empujando á Camila acia la puerta de la derecha.*) ¡Vete!
CAMILA. ¡Mi bien...
D. IGNACIO. ¡Dulce iman...
BARON. ¡Anda!—¡Vamos!
D. IGNACIO. ¿Serás fiel?
CAMILA. ¡Siempre!
BARON. ¡Vive Dios...
CAMILA. ¡Ah!
D. IGNACIO. ¡Ah!

ESCENA CUARTA.

EL BARON.—DON TORIBIO.

BARON. Ahora canta usted victoria
porque yo no quiero dar
escándalo; pero luego
verémos quien puede...
D. TORIBIO. ¡Ba!
¿Querrá usted desafiarme?
BARON. No; que hombres de calidad
no se baten con villanos;
pero un juez...
D. TORIBIO. ¡Quite usté allá!
Lo que no haga la prudencia,
¿lo hará un fallo judicial?
¡Ba! Si hemos de ser al fin
mui amigos...
BARON. ¿Como...
D. TORIBIO. ¡Ba!
BARON. ¿Yo amigo de usted?
D. TORIBIO. Sí, hombre.
Y ¿quien sabe si algo mas?
(*Riéndose.*)
Ja, ja... Agur, baron. Je, je...
BARON. ¡Hem...
D. TORIBIO. Que no *haiga* novedad.

ESCENA QUINTA.

EL BARON.

¡Y se me rie el mastuerzo
cuando estoi hecho un volcan!
¡Ah hermana...! ¡Estámos medrados!
¿Ya no puedo yo mandar
en mi casa? No hai remedio:
ó esa jente contumaz
me hace escarnio de Madrid,
ó me tengo que mudar.
¡Preciso! Hoi tomo otro cuarto...
¡Válgame Dios! ¿Qué dirán...?
Y si no le encuentro, emigro,
y pernocto en Fuencarral.

ACTO SEGUNDO.

Sala diferente de la del acto primero. Puerta á la derecha y otra á la izquierda. Entre otros muebles habrá una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON.—DOÑA ROSALÍA.
(Aparecen sentados.)

BARON. Esto ha pasado en tu ausencia.
No creo, ni por asomo,
que del zafio mayordomo
apruebes tú la insolencia;
y si quieres que no estalle
una guerra fratricida,
te aconsejo por tu vida
que le plantes en la calle.
DA. ROSALÍA. No es tan grave su delito
que merezca ese rigor.
BARON. ¡Protejer á un seductor...!
DA. ROSALÍA. Vaya; eso no vale un pito.
Prescindo de tu injusticia

como padre y como tio;
dejo aparte el desvarío
de tu orgullo y tu codicia;
que, aunque tú tanto reparas
en lo que hacen los demas,
yo no me meto jamas
en camisa de once varas;
mas tambien me llama tia
Ignacio, y pues tú le arrojas
de tu casa, ¿á qué te enojas
si yo le amparo en la mia?

BARON. Es una casa, y son dos,
mujer: ¿no lo consideras?
Si en otra parte vivieras...
mui léjos... ¡anda con Dios!

DA. ROSALÍA. El remedio es fácil.

BARON. ¿Sí?
¿Cual?

DA. ROSALÍA. ¿Quien te estorba el mudarte...

BARON. ¿Adonde?

DA. ROSALÍA. A cualquiera parte.
Yo me encuentro bien aquí.

BARON. En hora menguada y triste
me vine á vivir contigo,
¡descastada!

DA. ROSALÍA. Pues, amigo,
Vete por donde viniste.

BARON. Veinte años léjos de tí,
mal te conocia yo.

DA. ROSALÍA. Aquí nadie te llamó.

BARON. Ni yo quiero estar aquí.
Mas miéntras hallo vivienda,
pues no es justo que á un meson
se vaya todo un baron,
dirimámos la contienda.

DA. ROSALÍA. Yo no...

BARON. Deja que me esplique.
(*Mostrando la puerta de la izquierda.*)
Un tabique en esa pieza,
que costará una simpleza,
y en mi alcoba otro tabique..

DA. ROSALÍA. ¿Y las luces? ¿Y el balcon?

BARON. Yo soi el que á oscuras quedo.
DA. ROSALÍA. ¡Nada! Yo no me emparedo
por una necia aprension.
BARON. Pero, mujer...
DA. ROSALÍA. No hai que hablar
de tal cosa.
BARON. Escucha...
DA. ROSALÍA. No.
Encierra á tu hija, que yo
no me quiero apolillar.
BARON. Bien: no tengámos quimera,
mas despide á ese criado
que al respeto me ha faltado.
Dame ese gusto siquiera.
DA. ROSALÍA. ¡Eh! No hai respeto que valga.
Tú no le pagas salario
BARON. Pero es hombre mercenario
y debe á mi sangre hidalga...
DA. ROSALÍA. Nada.
BARON. ¡Qué oigo! ¡Oh! ¿Qué dirán...
DA. ROSALÍA. No importa.
BARON. ¿A un bruto defiendes!
DA. ROSALÍA. No me le ultrajes; ¿entiendes?
ó los sordos nos oirán.
Aunque humilde, es bien nacido.
BARON. Pero ¿qué interes...
DA. ROSALÍA. ¿Lo estrañas?
BARON. ¿Es... tu amante?
DA. ROSALÍA. No te engañas.
BARON. ¡Cielo!
DA. ROSALÍA. Y será mi marido.
BARON. ¿Marido tuyo ese vándalo?
¿Qué así una pasion te venza?
¿No te mueres de vergüenza?
¡Qué horror! ¡Qué oprobio! ¡Qué escándalo!
DA. ROSALÍA. Aunque no te agrade á tí,
su amor será mi placer.
BARON. Pero ¿qué dirán, mujer?
DA. ROSALÍA. Pero ¿qué se me da á mí?
BARON. ¡Yo le conocí lacayo!
¿Así tu blason injurias?

DA. ROSALÍA. Toribio nació en Asturias.
Quizá es nieto de Pelayo.
BARON. ¡Funesto afan de marido!
Harás que Madrid se asombre.
DA. ROSALÍA. Yo me caso con un hombre,
y no con un apellido.
BARON. Pero ¡qué hombre!
DA. ROSALÍA. Yo me entiendo.
Soi mayor de edad, y es justo
que haga yo mi santo gusto,
pues ni á Dios ni al mundo ofendo.
BARON. ¡Casamiento valadí!
Un idiota...
DA. ROSALÍA. ¡Es tan galan...!
BARON. Pero, mujer, ¿qué dirán?
DA. ROSALÍA. Pero ¿qué se me da á mí?
BARON. Ya veo que te aburrias
de vivir en soledad,
y conozco que á tu edad
no hai que pedir gollerías;
mas si anhelabas tan pronto
cambiar el luto en buréo,
casáraste con un feo,
con un pobre, con un tonto;
pero, que fuese siquiera
un hidalgo segundon,
y no ese... guarda-canton
rústico y de baja esfera.
DA. ROSALÍA. ¿Querías que me casase
con un vano pobreton
sin mas recomendacion
que ser de elevada clase?
¿Con algun chisgaravis
que mis rentas consumiera
en vestir á una ramera,
y en fondas y en Tilburis?
Yo prefiero, pues me adora,
á un hombre honrado y sencillo;
y si en la corte no brillo,
seré en mi casa señora.
En esto mi dicha fundo.
BARON. ¿Y al mundo no temes? dí.

DA. ROSALÍA. Yo me caso para mí :
no me caso para el mundo.
Tranquila está mi conciencia,
soi libre y tengo dinero ;
¿ y no he de hacer lo que quiero
sin pedirte á tí licencia ?
Ni pongo rei. ni le quito.
Quien no apruebe este sistema,
que me deje con mi tema,
que yo á nadie necesito.
BARON. ¡ Yo llamar á un oso astur
cuñado !
DA. ROSALÍA. Lo dicho, dicho.
BARON. ¡ Torpe y bárbaro capricho !
DA. ROSALÍA. Basta de sermon. Agur.

ESCENA SEGUNDA.

EL BARON.

Oye, escucha... ¡ Rosalía...!
Se va la zaina en sus trece.
Vaya, imposible parece
que ella sea hermana mia.
¡ Jesus, Jesus qué demencia !
¡ Dar su mano á ese menguado !
Pero á bien que en el pecado
llevará la penitencia ;
porque Toribio es atroz,
y ántes que se acabe el mes,
dejará de ser quien es
si no la planta una coz.
Ahora sí que es honor mio
alejarme de su lado,
y mas cuando me han jugado...

ESCENA TERCERA.

EL BARON.—BLAS.

BLAS. El marques de Pozo-frio.
BARON. Dile que entre —¡ Voto á San...
(*Vase Blas.*)

Ya olvidaba... Esa chiquilla...
¿Qué diré... La negra honrilla...
Mi palabra... El ¿qué dirán?...

ESCENA CUARTA.

EL BARON.—EL MARQUES.

MARQUES. ¡Señor baron!
BARON. ¡Oh marques!
Sillas.
(*Vuelve Blas, acerca sillas y se retira. El marques y el baron se sientan.*) (Yo no doi mi brazo
á torcer.) ¿Qué tal, amigo?
¿Se va usted aclimatando
en Madrid?
MARQUES. Yo me hallo bien
en todos los climas.
BARON. ¡Bravo!
MARQUES. Acostumbrado á viajar...
BARON. ¿Ha llegado ya aquel barco...
MARQUES. Ya está surto en Cádiz, libre
de piratas y naufrajios,
y con él lo que restaba
de mi capital, pues trato
de abandonar el comercio...
BARON. ¡Bien!
MARQUES. Y hacerme propietario.
BARON. ¡Mejor! (¿Y un yerno como este
se me irá de entre las manos!)
MARQUES. ¿Ha hablado usted con Camila
de aquel asunto...
BARON. Sí; algo
la he dicho. La chica... (¿Como
saldré yo de este pantano?)
La chica le aprecia á usted,
y le haria mucho agravio
en no apreciarle.
MARQUES. Ese aprecio
me envanece. Sin embargo,
es natural que yo aspire
á un afecto ménos vago,

mas tierno; al amor sincero
que me inspiran sus encantos.

BARON. Lo que es la palabra amor
no sé si la ha pronunciado.
Ya ve usted; el ruborcillo...
Como tiene pocos años..

MARQUES. Bastantes son para amar.

BARON. No digo yo lo contrario;
mas un padre siempre impone,
y cuesta... así... cierto empacho
el confesar... Pero yo
soi fisonomista práctico,
y en sus ojos conocí
que no oyó con desagrado
la proposicion.

MARQUES. Los ojos
no hablan en buen castellano,
señor baron. Yo prefiero
el lenguaje de los labios.

BARON. ¡Es tan elocuente á veces
el silencio! Hai un adajio
que dice: quien calla, otorga.

MARQUES. Señor baron, vamos claros.
Quien calla... no dice nada.

BARON. A tener ella reparo
en casarse con usted,
lo hubiera manifestado;
mas léjos de ser así
conozco, y puedo jurarlo,
que la chica le ama á usted.
(Yo miento como un bellaco,
pero el ¿qué dirán?...) Y en fin,
basta que sea el contrato
de mi gusto para que ella
no rehuse á usted su mano,
que es obediente y humilde...
(Otro embuste diplomático.)

MARQUES. No quisiera que cediese
á ningun respeto humano,
que yo tambien tengo orgullo,
y aunque es poco lo que valgo,

para unirme á una mujer
con indisoluble lazo
he menester algo mas
que la firma del vicario.

BARON. Pero si ella... Cuando digo...
(¡Ese pícaro de Ignacio...!)

MARQUES. Usted quizá... sin que yo
le tenga por un avaro,
tendrá empeño en esta boda
porque se habrá figurado
que estoi nadando en millones.
No soi ningun perdulario,
y no echaria de ménos
su hija de usted á mi lado
ni de su padre el cariño,
ni de su casa el regalo;
pero ha de saber usted
que no soi tan millonario
como parece, y que yo...

BARON. ¡Por Dios, marques! ¿Donde estámos?
¿Piensa usted que el interes...
Yo tambien voi á ser franco.
Á pesar de ser quien soi,
y de todo mi boato,
mis rentas, amigo mio,
están en pésimo estado,
y los pleitos me devoran.
¡Cosa rara! y entre tanto,
mantengo administradores
que gastan, solo en el plato,
mas que yo en mesa, carruaje,
sastre, casero y teatro.
Pero mis bienes radican
en Soria y tierra de Campos,
y yo resido en Madrid.
¿Quien vive en aquellos páramos?
Y luego, á mí no se me hable
de presupuestos ni cálculos,
ni reformas, ni... ¡Es todo eso
tan plebeyo, tan prosaico...!
No señor. ¿Qué se diria...

¡Sobre que yo no me amaño
para esas cosas...! ¡Y tengo
tanta aficion al descanso...!
Así usted no estrañará,
si medita este preámbulo,
que el dote de la muchacha
sea...

MARQUES. En eso no reparo;
mas quisiera averiguar
si soi, ó no soi amado.

BARON. ¿Quien duda...

MARQUES. Que de otro modo
me espongo á un terrible chasco.
Ya que usted, padre solícito,
el desenlace ha forzado
del drama y, contra las reglas,
nos casa en el primer acto,
llame usted á la futura
y de su boca sepámos...

BARON. Dispénsela usted por hoi.
Está indispuesta. Un catarro...

MARQUES. ¿Hai calentura? ¿Está en cama?

BARON. Sí señor; mas no hai cuidado.
Se ha puesto unos sinapismos...
Va mejor... Está sudando...
(Quien suda soi yo.)

MARQUES. Pues siento
sobre manera...

BARON. Un espasmo...

ESCENA QUINTA.

EL BARON.—EL MARQUES.—BLAS.

BLAS. Ahí está el procurador...

BARON. ¡Venir ahora á estorbarnos...
Que vuelva...

BLAS. Dice que es cosa
urjente, y que es necesario
que le oiga Usía un momento...

MARQUES. Despáchele usted.

BARON. ¡Qué diablo...
Usted me ha de perdonar...

MARQUES. No hai de qué...
BARON. Vuelvo volando.

ESCENA SESTA.

EL MARQUES.—CAMILA.

MARQUES. No he visto en todos mis viajes
hombre mas estrafalario.
CAMILA. (*Saliendo de puntillas por la puerta de la derecha.*) Marques...
MARQUES. ¡ Señorita ! ¿ Como...
¿ Se cura usted por ensalmo ?
CAMILA. (*A media voz.*)
No hai tal catarro, ni tales
sinapismos.
MARQUES. Mucho estraño
que el baron...
CAMILA. Tengo que hablar
con usted.
MARQUES. Bien está. ¿ Cuando...
CAMILA. Pronto. Si sale mi padre,
vuelva usted...
MARQUES. Sí ; mas no alcanzo...
CAMILA. ¡ Que viene ! ¡ Silencio ! A Dios.
(*Vase corriendo por la misma puerta.*)
MARQUES. ¡ Ai ! Esto se pone malo.

ESCENA SÉTIMA.

EL MARQUES.—EL BARON

BARON. Malditos sean los pleitos...
Hoi va á pronunciarse el fallo
sobre el mas interesante
de los mios, que son cuatro,
y como de esas mecánicas
yo nunca me cuido, el santo
se me fué al cielo... Ese tio
ha venido á recordármelo...
Los momentos son preciosos.
La parte contraria es pájaro
de cuenta... Perdone usted.
(*Toma sombrero y baston.*)

Mi defensor está abajo...
Tengo que hablar á los jueces,
aunque, á la verdad, es paso
que me repugna...

MARQUES. Por mí
no hai que detenerse. Vámonos...

BARON. Yo siento... Pero otro dia
hablarémos mas despacio.—
Si usted quiere honrar mi coche...

MARQUES. No. Yo voi por otro lado.

BARON. Pase usted...

MARQUES. No. Usted primero.

BARON. Pues los dos á un tiempo. El brazo.

(*Toma el brazo del marques, vánse juntos, y al mismo tiempo asoma Camila.*)

ESCENA OCTAVA.

CAMILA.

Los dos se van. ¡ Qué manía !
¡ Qué empeño tan temerario
de casarme con ese hombre !
¿ Pues no le he dicho bien claro
que no puedo, que amo á otro...
¿ A qué con esos engaños
alimentar la esperanza
del marques, si al fin y al cabo
ha de saber la verdad ?
Yo tendré que darle el trago.
¿ Qué he de hacer ! Si es caballero
no lo tendrá por agravio,
y ántes me agradecerá
que le libre del escarnio
á que mi padre le espone
por terquedad, por un falso
pundonor... ¿ No hago bastante
en renunciar á mi Ignacio
hasta que luzca otro sol
mas dichoso para entrambos,
sino que tambien... La puerta
me parece que ha sonado.

(*Acércase á la de la izquierda.*)

El es... ¡Pobre caballero!
Le voi á dar un mal rato.

ESCENA NOVENA.

CAMILA.—EL MARQUES.

MARQUES. Ya ve usted que no he tardado
en acudir á la cita.
¿Qué manda usted, señorita,
á este su humilde criado?
CAMILA. Marques, quien ruega no manda.
MARQUES. ¡Usted rogarme...
CAMILA. Sí, á fe,
y por feliz me tendré
si usté accede á mi demanda.
MARQUES. A la bella que es mi encanto
desairar fuera delito
cuando...
CAMILA. Es que yo solicito
que usted no me quiera tanto.
MARQUES. ¡Estraña solicitud!
CAMILA. Sí, que esponerme no quiero
á que tan buen caballero
me acuse de ingratitud.
MARQUES. Entiendo.
CAMILA. Usted no se asombre,
pero ha llegado la hora...
MARQUES. Eso se llama, señora,
dar calabazas á un hombre;
pero con tanto primor
y tan natural donaire,
que viste usted el desaire
con las galas del favor.
Aunque quejarme quisiera
me quita usted la ocasion;
mas ¿como con el baron
no ha sido usted tan sincera?
Bien que ya mi juicio alcanza
que usted lo ha hecho quizás...
por darme esa prueba mas
de amistosa confianza.

CAMILA. Mi señor padre no quiso,
cual pudo y lo sabe Dios,
evitarnos á los dos
este duro compromiso.
Pero él deséa mi bien,
de ahí nace su error fatal,
y yo me he esplicado mal
ó no me ha entendido bien.
Él procede sin malicia.
No le culpe usted, ¡ ah ! no,
que la culpada soi yo
en no hacerle á usted justicia.

MARQUES. Otra dedada de miel.

CAMILA. Usted merece la palma ;
pero amor manda en el alma
y el alma no manda en él.

MARQUES. Ya.

CAMILA. Crea usted que es mi anhelo
ser su amiga.

MARQUES. ¡ Eso es tan soso...

CAMILA. Y usted será mui dichoso
si oye mis votos el cielo.

MARQUES. ¡ Votos al cielo ! En París,
bañado de tierno llanto,
Luis Felipe hace otro tanto
por el bien de este pais.

CAMILA. No me iguale usted, ni en chanza,
al buen monarca francés,
que entre nosotros, marques,
no ha habido cuadruple alianza.
En pedirme para esposa
usted me hace sumo honor :
lo confieso con rubor,—
no puedo hacer otra cosa.
Y si á usted ya no rendí
mi corazon, no es desden ;
es que le trata mui bien
el galan á quien le dí.

MARQUES. Esa es razon concluyente.
¿ Y quien es ese buen mozo ?
Dígalo usted sin rebozo
á un amigo... á un confidente.

CAMILA. Fuera infiel si le negara.
Sin blasonar de rico-hombre,
es noble, honrado...
MARQUES. ¿Su nombre?
CAMILA. Don Ignacio de Guevara.
MARQUES. ¡Qué oigo! ¿Guevara? ¿Está aquí?
CAMILA. Tres dias ha que ha llegado.
MARQUES. ¡Si será... ¿Estaba emigrado?
CAMILA. Sí.
MARQUES. (*Enseñando á Camila un papel.*)
¿Es esta su firma?
CAMILA. (*Reconociéndola.*) Sí.
Don Ignacio es primo mio;
mi apellido es el que lleva.
MARQUES. Solo por baron de Nieva
conocia yo á su tio.
No es mucho... ¡Gracias á Dios
que pareció! Nos verémos...
CAMILA. ¿Pero que asunto...
MARQUES. Tenemos
que ajustar cuentas los dos.
CAMILA. (Yo no sé lo que me pasa.)
¿Pero no podré saber...
MARQUES. Ahora no. No es menester...
¿Donde vive?
CAMILA. Aquí.
MARQUES. ¿Está en casa?
Tengo que darle un aviso...
CAMILA. Salió. Pero... ¿qué intenciones. .
MARQUES. Le pondré cuatro renglones
si usted me da su permiso.
CAMILA. Está bien.
(*El Marques se sienta á la mesa y escribe.*)
Mas no pudiera
decirle yo...
MARQUES. Necesito
esplicarme por escrito. (*Observándola.*)
(Blanca está como la cera.)
CAMILA. (¡Dios mio! ¿Qué será esto?
¿Si será enemigo suyo
este hombre y querra...)

MARQUES. Concluyo,
que no quiero ser molesto.
(*Cierra la esquela y se levanta.*)
CAMILA. (La vida tengo en un hilo.)
Pero, señor, ¿qué misterio...
MARQUES. Señora, es asunto serio
y exije mucho sijilo.
CAMILA. Yo soi prudente, marques,
y...
MARQUES. Ya es larga la visita.
Déle usted esta esquelita.
CAMILA. Pero...
MARQUES. Beso á usted los pies.

ESCENA DÉCIMA.

CAMILA.

¿Qué dirá en este papel...
que no me es lícito abrir?
Un desafío... ó ¿quien sabe
si otra venganza mas ruin...
Cuando el nombre de mi Ignacio
me oyó pronunciar, le ví
tan turbado, tan inquieto...
Y no dijo con buen fin:
"tenemos que ajustar cuentas
los dos."—¡Ai, triste de mí!
No hai duda; aquí le provoca
á injusta, sangrienta lid.
¿En qué ha podido ofenderle
mi pobre Ignacio, que así
le persigue su rencor?
Yo no sé qué presumir.
Pero está zeloso, y basta.
¡Hombre inhumano, hombre vil!...
De mi desden, vida mia,
se quiere vengar en tí.
¡Ai! Yo tiemblo. ¡Cuantas veces
del valor triunfa el ardid!
Tu sangre... ¡Primero yo
muera mil veces y mil!...

¡Oh dolor! ¡Oh duda amarga!
(*Mirando la carta.*)
No me atrevo... Él no está aquí...
(*Cayendo desconsolada en una silla.*)
¡Santo Dios, tened piedad
de esta mujer infeliz!

ACTO TERCERO.

Sala en la parte de habitacion que corresponde á Doña Rosalía. Puerta á la derecha, que es la misma que estaba á la izquierda en el acto primero, otra en frente y otra en el foro.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ROSALÍA, vestida de calle.—DON TORIBIO.

DA. ROSALÍA. Mañana, mañana mismo.
Ahí queda sobre la cómoda
mi partida de bautismo;
y pues ya de Ribadéo
la tuya ha venido, cúmplase,
Toribio, nuestro deséo.
D. TORIBIO. Por mi parte, ahora, al punto;
mas, señora, aun está próximo
el entierro del difunto.
DA. ROSALÍA. ¿Y qué importa?
D. TORIBIO. Sí por cierto.
Cuatro meses hizo el Sábado
que San Luis tocóle á muerto;
y la jente, que presume
que es usté un valle de lágrimas
y de pesar se consume,
¿qué dirá? Que ambos á dos
ni amor tenemos al prójimo
ni justo temor de Dios.
DA. ROSALIA ¿Eso me dices, Toribio?
Debieras brincar de júbilo,
¿y te me muestras tan tibio?
D. TORIBIO. ¿Tibio? No tal...

DA. ROSALÍA. Si de mí
naciera ese vano escrúpulo,
ya entiendo; pero ¡de tí!

D. TORIBIO. Por tibieza no lo digo,
mas temo que en los periódicos
la tomen luego contigo.
Lo que es yo, no tengo miedo
de vivir como un canónigo
de Sevilla ó de Toledo,
ni de que el vulgo se ria,
y diga que soi un zángano;
mas ¡tu opinion, Rosalía...

DA. ROSALÍA. Tampoco á mi me incomoda
que la envidia me haga sátiras
cuando publique mi boda.
Ni me quitan ni me dan.
Harto tiempo he sido víctima
de ese pueril qué dirán.
Por él me casé á disgusto
con un marido antipático
en el jenio y en el busto.
Me dió una vida de perros,
mas me precio de católica
y le perdono sus yerros.
¿Qué mas he de hacer, Toribio?
¿Me he de encerrar en su túmulo
siendo su muerte mi alivio?
Cuando el corazon se alegra
¿no es una farsa ridícula
cubrirse de saya negra?
Aunque ellas digan que no,
mas de dos viudas hipócritas
harian lo que hago yo.
Que me miren de soslayo;
que murmuren. ¿No me es lícito
hacer de mi capa un sayo?
En fin, me quiero casar.
Ni las leyes ni los cánones
me lo pueden estorbar;
y así que te dé la mano
le hemos de cantar un trágala
al quijote de mi hermano.

D. Toribio. Yo de otra suerte discurro,
pero con esas retóricas
me haces caer de mi burro.
Cumple tu gusto y tu sino.
Si Madrid te importa un rábano,
á mí me importa un pepino.
Dios nos dé mucha salud,
á nosotros en el tálamo
y al muerto en el ataud.
Pero ántes, vamos á cuentas;
no nos casémos el Miércoles,
y el Domingo te arrepientas.
Ten presente, dulce amor,
que tú eres hija de un título
y yo de un tosco aguador.
Y mira, ántes que me encumbres,
si cuando nos case el clérigo
casará nuestras costumbres;
no, por arte del demonio,
sea el órgano de Móstoles
nuestro santo matrimonio.
Da. Rosalía. Eso no te dé temor,
que de mayores obstáculos
sabe triunfar el amor.
Si tenemos fe y constancia,
nuestra induljencia recíproca
allanará la distancia.
Si alzo yo el vuelo atrevido,
me recuerdas, sin escándalo,
tus derechos de marido;
y yo con una palabra
sabré moderar tus ímpetus
si tira al monte la cabra.
Bien veo que yo seré
la que mas trabaje...
D. Toribio. ¡Cáspita!
Eso es lo que yo no sé.
Ya soi mui duro de casco
para maestros y dómines,
¡y tengo al estudio un asco...!
Leo corriente y escribo,

y si se trata de números,
no me engaña ningun chibo;
mas yo no entiendo ese engorro
cortesano, esas políticas,
esas... ¡Cá! Ni por el forro;
y lo que ya no aprendí,
desde hoi al *séculum sécula*
(*Con los dedos en la frente.*)
no me lo encajan aquí.

DA. ROSALÍA. Tus principios son mui buenos,
y las elegantes fórmulas
son para mí lo de ménos.
Tú no has de ser diputado
y ni á tribunas ni á púlpitos
te tengo yo reservado.
Todos, del rei al pastor,
saben bien sin ir á cátedras
el lenguaje del amor.
Habla de amor noche y dia,
sin rodéos ni metáforas,
á tu dulce Rosalía;
y aunque no sepas la Q,
ni Ciceron ni Aristóteles
hablarán mejor que tú.

D. TORIBIO. Por amor no quedará.
Ya sabes... (¡Vieja mas cócora...!)
que mi pecho... ¿Te vas ya?

DA. ROSALÍA. Sí; voi...

D. TORIBIO. (Ya respiro.)

DA. ROSALÍA. ¿Qué?

D. TORIBIO. Nada.

DA. ROSALÍA. A comprar unos jéneros...
Pero pronto volveré.
Entre tanto, di á Pascual
que en el teatro del Príncipe
tome un palco principal.

D. TORIBIO. ¡Teatro!

DA. ROSALÍA. Sí.

D. TORIBIO. ¿Y la tertulia?
¿No esperabas á Don Plácido,
á Inesita, á Doña Obdulia...

DA. ROSALÍA. ¿Y qué?
D. TORIBIO. Dirán que desprecias...
DA. ROSALÍA. ¿Me he de privar de la ópera
por cumplir con cuatro necias?
¡Mire usted que es buen negocio!
Me la echan de amigas íntimas,
y á matar vienen el ocio;
y Doña Inés, ¡qué prebenda!
como es tan débil de estómago,
siempre á mi costa merienda;
Bárbara es ménos endeble,
y un mueble me rompe Bárbara
por bailar con otro mueble;
por jugar otra un entrés
hace conmigo un empréstito...
y no me paga despues;
otra toma la guitarra
y canta como un bucéfalo
y el oido me desgarra;
allá una dulce pareja
cuchichéa hasta el crepúsculo,
y acullá duerme una vieja;
aquí un progresista eterno
disputa con un retrógrado
y mi casa es un infierno;
y despues que esto me pasa,
desde el primero hasta el último
dirán pestes de mi casa;
y porque la han escojido
como la mas á propósito
para holgar y meter ruido,
¿yo he de ser esclava aquí?
yo, Toribio, cuya máxima
es el ¿qué se me da á mí?
Tras que mi casa les doi,
¿sin pedir su beneplácito
no podré decir: me voi?
¿Porqué vienen? ¿Quien los llama?
Ó quieres que todo pícaro
mande aquí, ménos el ama?
No; ya basta; no señor;

y si se pican, ¡ bravísimo !
y si no vuelven, ¡ mejor !

D. TORIBIO. Tienes razon para cuatro,
y has hablado como un Séneca...
si iba Séneca al teatro.

DA. ROSALÍA. Con que abur... ¡ Ah ! La cocina
dos dias ha que está huérfana
porque se fué Ceferina.
Si acaso viene en mi ausencia
una mui limpia y mui práctica
que me envian de la ajencia,
recíbela tú.

D. TORIBIO. Está bien.

DA. ROSALÍA. A Dios, mi vida.

D. TORIBIO. A Dios, ídolo...
(¡ Maldita seas amen !)

ESCENA SEGUNDA.

DON TORIBIO.

¡ Dale con la boda, y dale
con el amor!... ¡ Si no piensa
la maldita en otra cosa !
Y aunque yo me hago de pencas,
ella ¡ firme ! y no hai tu tia,
y erre que erre, y ni por esas.
¡ Si yo con ser mayordomo
estoi contento ! ¡ Qué tema !
Manejar su hacienda, pase,
¡ pero manejarla á ella !
Yo no he cumplido veintiocho,
y ella pasa de cincuenta ;
ella Usía, y yo plebeyo...
¡ harémos linda pareja !
Ya se ve ; yo agradecido
la he dicho algunas simplezas,
y como ella me quitó
de los hombros la libréa,
y por ella es Don Toribio
el que era Toribio á secas,
y me mima, y me agasaja,

y... ¡ pues ! A tanta indirecta
¿ quien resiste ? Era preciso
tener cara de vaqueta.
Y cáteme usted su novio,
y me llevará á la iglesia,
y ¿ como la digo nones
despues de tantas pamemas ?
¡ Qué lástima ! Un moceton
de pelo en pecho, en la fuerza
de la edad... Y ahora que tengo
ahorradas cuatro talegas...
Si me caso, todo es mio,
y mejor cuando se muera...
¿ Y si ella me mata á mí
primero ? ¡ Maldita vieja !
No temo que me domine,
y es mui tonta si lo piensa ;
que si ahora, porque aun es ama,
callo y bajo las orejas,
luego que estémos casados
ya la haré entrar por vereda ;
mas ¡ ai ! lo que temo yo
mas que una nube de piedra
es su amor desaforado,
y sus caricias horrendas,
y su aceite de Garrak,
y su bebida antistérica.

ESCENA TERCERA.

DON TORIBIO.--JUANA.

JUANA. ¡ Don Toribio !
D. TORIBIO. ¿ Qué hai, Juanilla ?
JUANA. (¡ Que á mí me mande ese bestia !)
Una moza que pretende
la plaza de cocinera
pregunta por la señora...
D. TORIBIO. Sí ; ya sé... Dile que venga.

ESCENA CUARTA.

DON TORIBIO (se sienta).

Vamos, no puedo olvidarme
de aquella maldita pécora.
Yo sí que podré decir,
mejor que el otro babieca :
si buena ínsula me dan,
¡ buenos azotes me cuesta !

ESCENA QUINTA.

DON TORIBIO.—LORENZA.

(Al principio de la escena habla Don Toribio en tono de amo, medio reclinado en el sofá y sin mirar fijamente á Lorenza.)

LORENZA. (*A la puerta.*) ¿ Da usted permiso ?
D. TORIBIO. Adelante.
LORENZA. (*Acercándose algunos pasos.*)
Acá me envía la ajencia...
D. TORIBIO. Sí. ¿ Donde ha servido usted ?
LORENZA. En tres casas...
D. TORIBIO. La postrera.
LORENZA. En casa de un proveedor
de la tropa...
D. TORIBIO. ¡ Buena mesa !
¿ Eh ?
LORENZA. Sí señor.
D. TORIBIO. ¡ Así engordan
los soldados que alimenta !
¿ Y porqué ha perdido usted
una proporcion como esa ?
LORENZA. Por chanzas del señorito
y chismes de la pasiega.
D. TORIBIO. ¿ Qué ganaba usted ?
LORENZA. Cien reales.
(Esa voz...)
D. TORIBIO. Aquí, sesenta ;
que no somos proveedores
de cebada y de galleta.
LORENZA. (Esa cara... Juraria...)
Bien. Aquí hai ménos faena...

D. TORIBIO. Poca. En dando gusto al ama...
y á mí primero que á ella...
LORENZA. Bien.
D. TORIBIO. ¿Es usted respondona?
LORENZA. No señor.
D. TORIBIO. ¿Es usted puerca?
LORENZA. ¡Que pregunta! Limpia soi
como el oro.
D. TORIBIO. Norabuena.
¿Cuantos años?
LORENZA. Veinticinco.
D. TORIBIO. ¿Su gracia de usted?...
LORENZA. Lorenza,
para servirle.
D. TORIBIO. Enterado.
LORENZA. (No hai duda. Él es.)
D. TORIBIO. ¿De qué tierra?
LORENZA. Soi asturiana.
D. TORIBIO. (*Levantándose*) ¡Asturiana!
¿De donde?
LORENZA. De San Esteban
de Právia.
D. TORIBIO. ¡Paisana mia!
(¡Oiga! Y es como una perla...
Y ese carácter de cara
no es para mí cosa nueva.)
Acérquese usted un poco.
(*Lorenza da un paso.*)
Un poquito mas... ¡Es ella!
LORENZA. (*Con alegría.*) ¡Ah! ¡Toribio!
(*Con respeto.*) ¡Don Toribio!
D. TORIBIO. (*Con abandono.*) ¡Oh! ¡Lorencita...!
(*Con dignidad.*) ¡Lorenza!—
Has dado un buen estiron,
muchacha, y estás mas gruesa.
LORENZA. Es favor que me hace usted.
D. TORIBIO. ¡Y qué guapa! (¡Ah! Si no fuera
por el ¿qué dirán?...)
LORENZA. Siete años
hará por Carnestolendas
que nos conocímos...

D. Toribio. Sí.
Tú eras entónces niñera...
Lorenza. Sí señor. Murió la cria,
me despidió la condesa,
y en otra casa despues
me ajusté de cocinera.
D. Toribio. Las muchachas de talento,
como tú, nunca se quedan
sin acomodo. ¡Hola! ¿Sabes
que has hecho buena carrera?
Lorenza. ¿Pues y usted? ¡Caramba! ¡Usted.
D. Toribio. (*Con petulancia.*)
¿Yo?... Tal cual... No tengo queja...
¡Pche!...
Lorenza. Cuando iba usted tan tieso
detras de la carretela...
D. Toribio. Sí; en efecto... Todo es coche.
¿Qué mas da dentro que fuera?
Lorenza. Cuando iba usted por la compra...
D. Toribio. Me daban aquella prueba
de confianza...
Lorenza. ¡Y que listo
servia usted á la mesa...
D. Toribio. Siempre he sido servicial.
Lorenza. Y limpiaba. .
D. Toribio. ¡Eh! La modestia...
El noviciado... (¡Qué hermosa!)
Lorenza. Vamos; si por mas que quiera
no me podré acostumbrar...
D. Toribio. Pues es preciso que tengas...
filosofía. ¿Me entiendes?
Y que calles lo que sepas,
y que te olvides de todo...
ménos de guisar en regla.
Lorenza. Bien, señor.
D. Toribio. (¡Qué alhaja! ¡Y yo
la trato de esta manera!
Mas mi posicion social...
Las leyes de la etiqueta...
Lorenza. Con que, ¿quedo recibida,
Don Toribio?

D. Toribio. (*Con cariño*) Sí, morena.
(*Reprimiéndose.*) Sí tal. (Se me va la burra.)
(*Tocando la campanilla.*)
Y ha de ser... (¡ Bendita sea...!)
desde ahora mismo.
Lorenza. Está bien,
señor. (¡ Gallarda presencia !)

ESCENA SESTA.

DON TORIBIO.—LORENZA.—JUANA.

Juana. Mande usted.
Lorenza. (Pero mejor
le sentaba la libréa.)
D. Toribio. Reconoce á la señora
por tu amiga y compañera.
¿ Estámos ?
Juana. Bien.
D. Toribio. Y por jefe
del fogon y la alacena
en los actos del servicio.
Juana. Corriente.
Lorenza. (*A Juana.*) ¿ Usté es la doncella ?
Juana. Y mui servidora...
D. Toribio. Adentro...
Eso, adentro...
Lorenza. Con licencia...
D. Toribio. (¡ Ai, chusca...!) Vayan con Dios,
y que no *haiga* peloteras.

ESCENA SÉTIMA.

DON TORIBIO.

¡ Qué rolliza ! ¡ Qué frescota...!
¿ No es un cargo de conciencia
no haberla dado un abrazo...
ni un mal pellizco siquiera ?
Vergüenza con la criada
y con el ama vergüenza...
¡ Qué situacion tan... así...
tan mestiza y tan violenta !

ESCENA OCTAVA.

DON TORIBIO.—DON IGNACIO.

D. IGNACIO. Don Toribio...
D. TORIBIO. ¡Hola! ¿Qué tal?
D. IGNACIO. Despues de tanta promesa,
rodando de mesa en mesa
se ha perdido el memorial.
D. TORIBIO. Se hace otro. ¿Como ha de ser?
D. IGNACIO. ¡Qué! Ya... Como soi novicio
en el arrastrado oficio
de adular y pretender,
renegando en la antesala
del portero y del ministro,
al oficial del rejistro
he mandado noramala.
D. TORIBIO. ¡Hombre!
D. IGNACIO. Me sobró razon
y me faltó sufrimiento.
Por mi Camila lo siento.
¿Donde está? ¿Salió el baron?
D. TORIBIO. Sí señor; ya hace buen rato.
Voi á mandarla llamar
solo por hacer rabiar
á quel viejo mentecato.
¡Qué lástima de ataud!
Y yo si fuera que usted
ponia pies en pared,
y me casaba, y ¡salud!
Mas ya la veo llegar
y á usté se le cae la baba...
Pelen ustedes la pava,
y buen provecho, y ¡andar!

ESCENA NOVENA.

DON IGNACIO.—CAMILA.

CAMILA. ¡Ah! ¡Te veo al fin, bien mio!
¿No sabes... Estoi temblando...
¿Donde has conocido, cuando
al marques de Pozo-frio?

D. IGNACIO. ¿Yo? No le he visto jamas.
CAMILA. ¿Como... ¿Es posible...
D. IGNACIO. No, á fe.
¿Pero que tienes? ¿Porqué
tan atribulada estas?
CAMILA. Nuestro amor constante y fiel
mi labio le reveló,
y cuando tu nombre oyó
no sé que pasó por él.
D. IGNACIO. Es cosa mui natural,
que para un zeloso adusto
nunca fué plato de gusto
el nombre de su rival.
CAMILA. Mas antiguo es su rencor
por lo que yo colejí.
¡Ai! Se despidió de mí
con tono amenazador.
Dejó este billete, escrito
con veloz trémula mano,
cual si entónces, inhumano,
meditara algun delito.
¡Cuanta ha sido mi inquietud!
(*Enseñando el billete.*)
Pero... mira. No está abierto.
D. IGNACIO. Mujer y amante... Por cierto
que asombra tanta virtud.
CAMILA. Ya que es tal tu admiracion
porque he triunfado de un vicio,
tan heroico sacrificio
bien merece galardon.
D. IGNACIO. Dime pues lo que deséas,
que servirte es mi placer.
CAMILA. Esta carta he de leer
ántes de que tú la leas.
D. IGNACIO. De buen grado lo consiento,
aunque me haces un insulto
sabiendo que no te oculto
ni el mas leve pensamiento.
CAMILA. Tengo zelos, y si aquí
por mi desgracia averiguo...
D. IGNACIO. ¡Boba!

CAMILA. Algun pecado antiguo...
D. IGNACIO. Solo pecara por tí.
CAMILA. (*Abriendo la carta.*)
Pronta satisfecha estoi.
D. IGNACIO. ¡Que así me ofendas!
CAMILA. (¡Dios mio!
Si es carta de desafío,
la rompo y no se la doi.)
(*Lee para sí.*)
D. IGNACIO. (Si no hai trato entre los dos,
¿qué carta puede ser esa...)
CAMILA. (¡Es posible... ¡Qué sorpresa...!)

ESCENA DÉCIMA.

DON IGNACIO.—CAMILA.—JUANA.

JUANA. (*Llega corriendo por la derecha.*)
¡El baron!
CAMILA. ¡Cielos! ¡A Dios!
(*Huye por el foro. Juana la sigue.*)

ESCENA UNDÉCIMA.

DON IGNACIO.

¡El billete...! ¡Echala un galgo!
Si voi tras de ella y me encuentro
al baron por allá dentro...—
¿Qué querrá de mí el hidalgo?
Sospechoso es el papel.
Sin duda á lidiar me llama
quejoso de que una dama
me haya preferido á él.
¡Buena cegüedad por cierto!
Suponiendo que él me rinda,
¿será su cara mas linda
despues que yo me haya muerto?
Y á fe que gran calavera
mi rival debe de ser
si para eso á una mujer
elije por mensajera.
¿A qué dar un sobresalto

á mi Camila? Eso es tonto.
Mas si me busca, estoi pronto,
que al pundonor nunca falto.

ESCENA DUODÉCIMA.

DON IGNACIO.—EL BARON.

BARON. (*Llega por la puerta de la derecha.*)
Veamos si Rosalía...
¡Hola! ¿Aquí estás, mal vasallo?
D. IGNACIO. No me insulte usted. Yo callo.
BARON. ¡Mire usted qué hipocresía!
Echate ahora en el surco
para que yo no te riña,
despues que á mi incauta niña...
¿Se hiciera mas con un turco?
D. IGNACIO. ¡Tio... por Dios...
BARON. ¿Con qué cara
tender osaste la red...
D. IGNACIO. Mejor es irme...
(*Al irse le sale al encuentro el marques.*)

ESCENA DÉCIMA TERCIA.

EL BARON.—DON IGNACIO.—EL MARQUES.

MARQUES. ¿Es usted
Don Ignacio de Guevara?
BARON. ¡Oh, marques!
D. IGNACIO. (*Al marques.*) Ese es mi nombre.
(¡Mi rival! Esto promete.)
MARQUES. ¿Le han dado á usted un billete...
D. IGNACIO. No señor.
BARON. (¿Qué querrá este hombre?)
MARQUES. ¿Como...
D. IGNACIO. (*En voz baja.*) Lo estorbó mi tio
con su llegada importuna.
(*Siguen hablando aparte Don Ignacio y el marques.*)
BARON. (Hablan quedo. ¡Qué fortuna!
Esto para en desafío.
El pastel se ha descubierto;
ya no vale hacerse el sordo,

y si el marques le habla gordo,
Ignacio se da por muerto.
Primero que irse á batir
renuncia á su cara prima,
que no se aprende la esgrima
con la vara de medir.
¡Bravo! ¡Qué buen espediente!
Ya baja los ojos... ¡Miedo!
¡A ver si hoi me desenredo
de un sobrino impertinente!)

MARQUES. (*A media voz.*)
Es larga historia. En mi casa
hablarémos mas despacio.
Sígame usted.

BARON. (¡Pobre Ignacio!)

D. IGNACIO. (¡Cielos! ¿Qué es lo que me pasa?
¡Yo tanto dinero junto!)

BARON. (*Poniéndose en medio.*)
¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Desafío?

MARQUES. Es sagrada, amigo mio,
la voluntad de un difunto.

BARON. (¿Qué oigo! Ya muerto le cuenta
y se encarga ¡qué piedad!
de su postrer voluntad.
No, no es justo que consienta...)
Haya paz, haya concordia,
señores.
(*A Don Ignacio.*) Teme á la muerte
Ignacio.
(*Al marques.*) Usted, que es mas fuerte,
tenga de él misericordia.

D. IGNACIO. Usted sueña...

MARQUES. Usted delira...

BARON. (*Al marques.*)
Vamos; yo sé lo que digo.
Contra un débil enemigo
no es jenerosa la ira.
Por orgullo y por teson
él á morir se dispone,
pero si usted le propone
alguna indemnizacion...

D. IGNACIO. ¿Como...
MARQUES. Oigámos.
BARON. ¿De qué vale
llevarlo por la tremenda ?
Dirimámos la contienda...
D. IGNACIO. ¡Si no hai tal contienda ! ¡Dale !
BARON. Matarse por una bella
es una majadería,
y no es menor tontería,
morirse de hambre con ella;
y pues ustedes son dos
y la novia es una, opino
que la ceda mi sobrino
y que lo lleve por Dios.
D. IGNACIO. ¿Cederla ? ¡Jamas ! Primero...
BARON. ¡Temerario ! ¡Horrible trance...!
MARQUES. Yo sé lo que en este lance
debe hacer un caballero.
BARON. ¡Gran Dios ! Un tiro en la frente...
Una estocada en el bazo...
MARQUES. ¡Qué ! ¿No es mejor un abrazo ?
(*Se abrazan.*)
BARON. ¿Como... Vaya ; él lo consiente...
Es decir que ya amainó,
¡tanto la pobreza agovia !
y le cede á usted la novia...
MARQUES. El que la cede soi yo.
BARON. ¡Cederla usted, mal galan,
indigno de Calderon !
¿Y á un primo de municion ?
¡Válgame Dios ! ¡Qué dirán ! ! !
MARQUES. Dirán, amigo baron,
que sé hacer por mi quietud
de necesidad virtud
y de tripas corazon.
Dirán que el bello prodijio
por quien perdí mi reposo
ya en favor del mas dichoso
ha sentenciado el litijio.
Dirán que, pues ya me afeito,
debo proceder con calma,

y no perder vida y alma
despues de perder el pleito.
Mas sabiendo quien soi yo
no lo achacarán á miedo;
que á la razon siempre cedo,
pero ¿á la fuerza? Eso no.

BARON. Pero hombre, ¿á quien se le ofrece...

D. IGNACIO. (*Al marques.*)
Y dirán que usted triunfara
si mi prima se prendara
del que mejor la merece.
Sí; que es usted un dechado
de virtud, pues liberal
aun con su propio rival...

MARQUES. No; sino justo y honrado.
Vamos...

BARON. Y dirán que, al cabo,
obra usted como quien es.

MARQUES. ¿Eh?

BARON. Como un... recien-marques
que se apéa por el rabo.

MARQUES. Y añadirán que me alegro,
como hai Dios, de no casarme,
por no desacreditarme
con tan ridículo suegro.

ESCENA DÉCIMA CUARTA.

EL BARON (á la puerta).

¡Oiga usted...! Yo soi Guevara,
y Carvajal, y Daoiz;
y de matrona en matrona,
y de varon en varon
desciendo del rei Don Fruela;
y esto es claro como el sol.
Vea usted mi ejecutoria...
(*Volviendo al proscenio.*)
No tiene él la culpa, no.
Yo la tengo por rozarme
con marqueses de aluvion.
Verme ahora desairado
cuando creí... ¡Voto á brios...

¡ Vaya, que hai dias fatales,
y uno de ellos es el de hoi !
La chica se me enamora
de un ex-hortera pelon ;
echo al pelon de mi casa,
pero me arman un coplot,
y habré de aguantar la mecha
ó mudarme á un parador ;
y pierdo despues un pleito
que vale medio millon,
y amén de eso me condenan
en costas, que es lo peor,
y subirán á las nubes,
porque soi hombre de pro ;
vuelvo á mi casa mohino,
y alzando el marques la voz
para apoyar al menguado
que la dama le birló,
le da la mano, y compinches
se burlan de mí los dos.
Ahora falta que mi hermana...

ESCENA DÉCIMA QUINTA.

EL BARON.—DON TORIBIO.

(Don Toribio viene por el foro en direccion de la puerta de la izquierda.)

D. TORIBIO. ¡ Alto ! ¿ A quien busca el baron ?
BARON. A mi hermana.
D. TORIBIO. (*Siguiendo su camino.*)
No ha venido.
BARON. ¿ Vendrá pronto ?
D. TORIBIO. (*Con mal modo.*) ¿ Qué sé yo ?
(*Entra y cierra la puerta.*)

ESCENA DÉCIMA SESTA.

EL BARON.

¡ Bárbaro ! ¿ Así se responde...
Lo celebro como hai Dios.
Para remachar el clavo
viene de molde esa coz.

¡ Por vida... ¿ Y yo he de sufrir
tal afrenta ? ¿ Y no le doi
una paliza y le rompo
los hombros y el esternon ?
Mas... dejarlo. ¿ Qué dirian ?
Es quien es, y soi quien soi ;
y aunque tengo de mi parte
la justicia y el valor,
¡ zape ! es asturiano... y tiene
mejores puños que yo.
(*Vase por la puerta de la derecha.*)

ACTO CUARTO.

La decoracion del acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

DON TORIBIO (sale por la puerta de la izquierda).

Por fin se fué al tocador
y tiene para una hora.
Respirémos. ¡ Ai, qué vida
me espera ! ¡ Maldita boda !
Si fuese yo tan feliz
que tomase por la boca
esa bruja la mitad
del soliman con que frota
su cara atroz... ¡ Condenada !
¿ De qué valen esas drogas ?
Sin quitarte un año solo
te ponen mas espantosa.
¡ Compare usted ese jesto
de charol y de tramoya
con la cara de Lorenza
tan colorada y sanota !
¡ Como soi Toribio Pando
que es una gallarda moza !
¡ Y yo que la vi denantes
en el centro de su gloria ;
en la cocina ! ¡ Qué brio !
¡ Con qué despejo maniobra !

Ya apartando la sarten
quiere espumar una olla,
y al alzar la cobertera
se quema, reniega y sopla;
ya carga con un barreño;
ya alcanza una cacerola;
ya á los gatos escarmienta
con el palo de la escoba;
todo se lo encuentra hecho;
nunca está su mano ociosa;
ya el papel de los cominos,
ya un manojo de cebollas,
ya la mano del mortero,
ya el cucharon de la sopa...
¡Y siempre cantando! ¡Y dale!
Y una seguidilla ahora,
y una rondeña despues,
y entre col y col, la jota,
con un dejillo asturiano
que arrebata, que enamora;
y vuelta á las seguidillas,
y ¡fuego de Dios, qué coplas!
Y si en la cocina es esto,
que tiene su pro y su contra,
¿qué será cuando jabone
remangada y frescachona,
y aquellos cuartos trajinen,
y se descuaderne toda,
y... ¡Téngame de su mano
la Vírjen de Covadonga!

ESCENA SEGUNDA.

DON TORIBIO.—LORENZA.

LORENZA. Cuando usted quiera tomar
los bizcochos y la copa...
D. TORIBIO. ¡Eres tú, desventurada!
¿Porqué vienes... en persona
á aumentar los reconcomios
que el corazon me destrozan?
LORENZA. ¿Qué dice usted, Don Toribio?

D. Toribio. ¿Sabes, Lorenza, que hai horas
fatales...
Lorenza. ¿Está usted malo?
D. Toribio. ¡Ai Lorenza! Ó tengo el cólera...
Lorenza. ¡Vírjen Santa!
D. Toribio. Ó tengo amor.
Lorenza. ¡Ba! Creí que era otra cosa.
D. Toribio. Pero no es amor venial
el mio; es una carcoma
que dará al traste conmigo...
como tú no me socorras.
Lorenza. ¿Qué escucho? ¿Con que soi yo...
D. Toribio. ¡Chito...!
Lorenza. Usted me habla de broma.
D. Toribio. Atiende... y habla mas bajo,
porque hai moros en la costa.
Lo primero y principal,
déjate de ceremonias
y apéame el tratamiento.
Lorenza. ¿Y qué dirá la señora...
D. Toribio. No digo que me tutées
delante de ella; no. A solas...
Lorenza. Usté es amo y yo criada...
D. Toribio. ¿Qué amo, ni qué zanahoria?
Yo soi un señor mui llano.
Déjate querer, tontona.
Lorenza. Si fuéramos compañeros
como años atras...
D. Toribio. No importa.
Los dos somos ciudadanos,
y entre amantes y patriotas
debe reinar la igualdad
sin privilejios ni andróminas.
Lorenza. Pero, hombre... Pero, señor...
¿Piensa usted que yo soi tonta?
¿Como ha de quererme á mí
si está enamorado de otra?
D. Toribio. No creas...
Lorenza. ¡Ba! La doncella
me ha contado ya la historia...
¿No sé yo que usted se casa...
¡pues! y que el ama es su novia...

D. TORIBIO. ¡Ah, calla...!
LORENZA. ... Y que se alza usted
con el santo y la limosna?
D. TORIBIO. ¡No me toques esa llaga!
Es verdad; cierta es la boda;
mañana me tomo el dicho;
se ha avisado á la parroquia...
No puedo llamarme andana...
Esa tarasca me acosa...
¡Lorenza! ¡Soi una víctima!...
¡Ten de mí misericordia!
Mas conténtese la vieja
con el título de esposa,
que mi alma y mi corazon
y mi dinero y sus joyas
inclusive, todo es tuyo
si me haces la buena obra
de quererme.
LORENZA. Yo quererte...
Sí señor; pero... mi honra...
D. TORIBIO. ¡Tu honra... Otra víctima es esta,
otra víctima forzosa
que reclaman las actuales
circunstancias. Esa prójima
me obliga á ser inmoral.
¿Qué se ha de hacer? ¡Sé filósofa,
mujer! ¡Marcha con el siglo...
LORENZA. Vaya; todo eso es parola,
y yo no quiero...
D. TORIBIO. ¡Lorenza...!
No seas bestia, y perdona.
Ponte en la razon...
DA. ROSALÍA. (*Dentro.*) ¡Toribio!
D. TORIBIO. ¡Vete! ¡Corre! Lo marmota...
Se continuará.
LORENZA. Es que yo...

ESCENA TERCERA.

DON TORIBIO.—DOÑA ROSALÍA.—LORENZA.

D. TORIBIO. (*Mudando de tono.*)
Sí; á las cuatro en punto. Sopa
de arroz.

LORENZA. Mui bien.

D. TORIBIO. Y que traigan limones para las ostras.

ESCENA CUARTA.

DOÑA ROSALÍA.—DON TORIBIO.

D. TORIBIO. ¡ Ah ! Estabas aquí... Ha venido á preguntarme á que hora comemos. ¿ Llamabas ?

DA. ROSALÍA. Sí.

D. TORIBIO. ¿ Qué querias ?

DA. ROSALIA. Que me pongas esta pulsera. (*Le da una que trae en la mano y D. Toribio se la pone.*)

D. TORIBIO. Sí haré.

DA. ROSALÍA. Juana la ha dejado floja...

D. TORIBIO. (*Soltando el brazo.*) ¿ Está bien ?

DA. ROSALÍA. Perfectamente. ¿ Como es eso ? Ni me tomas la mano...

D. TORIBIO. (*Tomándola.*) ¡ Ah...!

DA. ROSALÍA. Ni me la besas.

D. TORIBIO. (*Despues de besar la mano á Doña Rosalía.*) (¡ Maldita sea mi boca !)

ESCENA QUINTA.

DOÑA ROSALÍA.—DON TORIBIO.—EL BARON.

BARON. Rosalía...

DA. ROSALÍA. ¿ Qué hai, Lupercio ?

BARON. Tenia que hablarte...

DA. ROSALÍA. ¿ Ahora ?

BARON. Si lo permite el señor...

D. TORIBIO. El que se larga no estorba. (*Vase por el foro.*)

ESCENA SESTA.

DOÑA ROSALÍA.—EL BARON.

BARON. Por el qué dirán, hermana,
y nuestro mutuo interes,

áutes de entrar en materia
quiero proponerte...

DA. ROSALÍA. ¿Qué?

BARON. Que hagámos un armisticio.

DA. ROSALÍA. En buen hora; pero ten
entendido que á mí nadie
me da en mi casa la lei.

BARON. Ni yo te la quiero dar,
ni sufro que me la des.
Tú te estarás en tus trece
y yo en mis catorce.

DA. ROSALÍA. Bien.

BARON. Y si yerras el camino
y te lleva Lucifer,
allá te las hayas.

DA. BOSALÍA. Bueno.
Lo mismo te digo.

BARON. Amén.
Vamos ahora á mi negocio.
Tenia un pleito...

DA. ROSALÍA. Lo sé.

BARON. Sobre el cual se habrán escrito
sus diez resmas de papel.
Á juicio de mi abogado
era artículo de fe
la justicia de mi causa,
y yo descansaba en él,
y ya amigos y curiales
me daban el parabien;
pero el tribunal ha sido
de distinto parecer.

DA. ROSALÍA. Es decir en castellano
que has perdido el pleito.

BARON. Pues.
Y van dos en poco tiempo,
y perderé hasta la piel.

DA. ROSALÍA. Yo siento infinito...

BARON. Gracias.

DA. ROSALÍA. ¿Porqué no apelas...

BARON. ¿Á quien?
Ya no hai mas apelacion.

DA. ROSALÍA. Pues, hijo... ¿Como ha de ser?

Paciencia, filosofía.
Nunca tan del caso fué
tu acostumbrado estrivillo
"¿qué dirán?" como esta vez.

BARON. ¡Oh! Por eso no he de echarme
á la garganta un cordel,
que si he perdido ese vínculo
aun me quedan otros diez;
y si no estuviera yo
tan empeñado, ó si un buen
administrador...

DA. ROSALÍA. Si quieres,
le tendrás.

BARON. ¿No he de querer?
Nadie gusta de arruinarse.
¿Pero donde encontraré
ese fenix, si de encargo
no me le hace un tirolés?

DA. ROSALÍA. Sélo tú mismo.

BARON. ¡Imposible!
¡Haria lindo papel
un baron oficinista!

DA. ROSALÍA. Pues bien; quien tenga interes
en conservarte la hacienda
como le puedes tener
tú propio: un hijo.

BARON. Ya; un yerno
querrás decir.

DA. ROSALÍA. Eso es.

BARON. Ese era otro pleito, hermana,
y le he perdido tambien.

DA. ROSALÍA. No tal...

BARON. ¡Sí tal, que me ha dado
calabazas el marques!
¡Oh! ¿Qué dirán?...

DA. ROSALÍA. Yo te hablaba
de Ignacio...

BARON. ¿Qué oigo? Deten
la lengua. Un pérdido, un vago...
No quiero nada con él.

DA. ROSALÍA. Es tan honrado... Y al fin
nuestro hermano le dió el ser.

BARON. No transijo con horteras.
DA. ROSALÍA. Pero...
BARON. ¡ Nada ! no hai cuartel.
DA. ROSALÍA. Te aconsejo como hermana...
BARON. Otra cosa he menester ;
no consejos. He perdido
el pleito... ¡ suerte cruel !...
y habré de pagar las costas
ó me embargarán mi tren,
mis muebles, mi cruz de Alcántara,
¡ mi ejecutoria tal vez !...
y como al que está por tierra
todos le dan con el pie,
me lloverán acreedores,
y yo, aquí donde me ves,
estoi tronado ; no tengo
un maravedí. Ahora bien :
préstame un par de talegas...
DA. ROSALÍA. No puedo...
BARON. Dentro de un mes
te las vuelvo.
DA. ROSALÍA. Es imposible.
Tengo mil gastos que hacer.
Voi á casarme...
BARON. Aunque sea
con usura ; y aunque dé
mas que decir nuestro empréstito
que el de *Ghebard.*
DA. ROSALÍA. ¡ Qué moler !
Ya he dicho que no.
BARON. ¡ Por Dios !...
¡ Por las minas de Almaden !
DA. ROSALÍA. ¡ Vea usted las consecuencias
del fausto, del oropel,
del desórden...
BARON. ¡ Rosalía...
DA. ROSALÍA. ¡ Y aun nos la echará despues
de persona !
BARON. ¡ Voto á brios...
DA. ROSALÍA. (*Con mofa.*) Y ahora... ¿ qué dirán ! ! !
BARON. ¡ Mujer...
Si no mirara...

DA. ROSALÍA. ¿No digo?
BARON. ¡Hum...

ESCENA SÉTIMA.

EL BARON.—DOÑA ROSALÍA.—JUANA.

JUANA. (*Llega apresurada y llama con misterio á Doña Rosalía.*) ¡Señora! Escuche usted.
DA. ROSALÍA. ¿Qué se ofrece?
(*Juana habla aparte con su ama, y esta la oye con suma ajitacion.*
BARON. (¡Lo que puede
una inclinacion soez!)
DA. ROSALÍA. ¡Qué oigo! Vamos...
JUANA. De puntillas...
(*Vanse por el foro.*)

ESCENA OCTAVA.

EL BARON.

¡Ni á su hermano tiene lei!
Pero yo tengo la culpa,
porque sabiendo quien es
la descubro mis miserias
y provoco su desden.
DA. ROSALÍA. (*Dentro.*) ¡Bribona!
D. TORIBIO Y JUANA. (*Dentro.*) ¡Señora...
DA. ROSALÍA. ¡Infames! (*Dentro.*)
¡A la calle! ¡Pronto!—¡Infiel!
(*Siguen gritando dentro los tres.*)
BARON. ¿Qué es esto? ¡Qué gritería...
DA. ROSALÍA. (*Ya casi en la escena.*)
¡Qué insulto! ¡Qué avilantez!
(*Viene riñendo con Don Toribio.*)

ESCENA NOVENA.

DOÑA ROSALÍA.—EL BARON.—DON TORIBIO.

D. TORIBIO. Vamos; prudencia, prudencia...
DA. ROSALÍA. ¡Retozar con la criada...
BARON. ¡Oiga...
D. TORIBIO. ¡Si no ha sido nada...

DA. ROSALÍA. ¿Habrá mayor insolencia?
D. TORIBIO. No te incomodes por eso.
La trato con confianza...
Ha sido una chanza...
DA. ROSALÍA. ¡Chanza!
¡Yo te he visto darla un beso!
D. TORIBIO. No tal...
DA. ROSALÍA. ¡Y con qué delicia!
D. TORIBIO. No es cierto. Le anduvo cerca...
DA. ROSALÍA. Sí la has besado. ¡A una puerca!
D. TORIBIO. Habrá sido sin malicia.
BARON. (Ese asno me venga.)
DA. ROSALÍA. Mientes.
D. TORIBIO. A título de paisanos...
Somos los dos asturianos...
y hemos salido parientes.
Pero ella es una infeliz;
y así... sin mala intencion...
BARON. ¡Bien! ¡La hija de un baron
rival de una fregatriz!
D. TORIBIO. Y, si la verdad te digo,
una copa me bebí...
y estaba pensando en tí...
y la equivoqué contigo.
DA. ROSALÍA. Eso es lo que mas me irrita.
¿Puedo compararme yo
con esa pindonga?
D. TORIBIO. No...
(que Lorenza es mas bonita.)
BARON. ¡Toma la filosofía!
¡Toma el qué se me da á mí!
DA. ROSALÍA. ¡Calla! ¿Quien te llama aquí?
BARON. ¡Te has lucido, Rosalía!
DA. ROSALÍA. ¡Hum! Haria un desatino...
¡Yo alimentaba, imprudente,
en mi pecho á una serpiente!
D. TORIBIO. Yo no la *truje*. Ella vino...
DA. ROSALÍA. Se irá con mil de á caballo.
D. TORIBIO. ¿Sin comer? ¡Pobre doncella!
DA. ROSALÍA. ¿Aun intercedes por ella
cuando de cólera estallo?

D. Toribio. Bien... (¡ Mujer de Barrabas...!)
Da. Rosalía. ¡ Ah ! No es ella la traidora,
sino tú...
D. Toribio. ¡ Vamos, señora ;
vamos... que no lo haré mas !
Da. Rosalía. ¡ Hipócrita !
Baron. (¡ Qué buen rato
me están dando entre los dos !)
D. Toribio. Mi amor...
Da. Rosalía. ¡ Ea, aparta !
D. Toribio. ¡ A Dios...
(¡ Quemada te vea !)
Da. Rosalía. ¡ Ingrato !
(*Se deja caer aflijida en un sillon.*)

ESCENA DÉCIMA.

DOÑA ROSALÍA.—EL BARON.

Baron. ¿ Como así le desamparas
por frívolas chanzonetas ?
Da. Rosalía. Ya he dicho que no te metas
en camisa de once varas.
Baron. Ello, es verdad que el amigo
no es corto de jenio. ¿ Eh ?
Da. Rosalía. ¡ Jesus...
Baron. Pero... ya se ve ;
¡ si la equivocó contigo !
Da. Rosalía. Puede que sí.
Baron. ¡ Beso inmundo !
Pero ¿ qué importa ?
Da. Rosalía. ¡ Hum... Me abrasas.
Déjame en paz.
Baron. (*Con soflama.*) Tú te casas
para tí ; no para el mundo.
Dirán que tu mano ofreces
á un torpe animal anfibio,
mas vale mucho un Toribio...
Da. Rosalía. (*Levantándose.*)
Vale mas que tú cien veces.
Si un desliz ha cometido...
Baron. Juzga lo que hará despues.
Da. Rosalía. Amor le traerá á mis pies,

pesaroso, arrepentido.
Y acaso es verdad, ¿quien sabe...
lo que en disculpa me ha dicho;
y un pasajero capricho
no es un delito tan grave...
Y quizá con mis injurias
castigo injusto le doi...
porque informada no estoi
de las costumbres de Asturias.
Y en fin, aunque sea infiel
y me lleve Belcebú,
solo porque rabies tú
haré las paces con él.

ESCENA UNDÉCIMA.

EL BARON.—CAMILA.—DOÑA ROSALÍA.

(Camila llega acelerada por la puerta de la derecha.)

CAMILA. ¡Ai papá! ¡Ai tia!
BARON. ¿Qué es eso?
DA. ROSALÍA. ¿Qué sucede?
CAMILA. El escribano...
Alguaciles...
BARON. Bien temia...
¿Qué dicen? ¿Cosa de embargo...
CAMILA. No sé. De miedo á sus caras,
que parecen las del diablo,
me vengo huyendo. Preguntan
por usted...
BARON. ¡La hemos logrado!
CAMILA. ¡Ya están aquí!

ESCENA DUODÉCIMA.

EL BARON.—CAMILA.—DOÑA ROSALÍA.—EL ESCRIBANO.—ALGUACILES.

ESCRIBANO. Con licencia...
¿El baron de Nieva...
DA. ROSALÍA. (¡Malo!)
BARON. Yo soi. No niego mi nombre
á nadie.
ESCRIBANO. Pues yo reclamo

de Usía catorce mil
reales á que ascienden, salvo
error de pluma ó de suma,
las costas...

BARON. Vamos despacio.
¿Con que hoi he perdido el pleito,
y ya... No es muerte de ahogados.

ESCRIBANO. ¡Si yo no hablo del de hoi,
sino de otro, cuyo fallo...

BARON. ¿El de la huerta...

ESCRIBANO. Ese mismo.
Ya hace un mes...

BARON. No doi un cuarto.

ESCRIBANO. ¿Como! ¿Se rebela Usía...

BARON. Yo no digo eso.

ESCRIBANO. ¿Al mandato
del tribunal?

BARON. Oiga usted.
Yo deséo...

ESCRIBANO. (*Mostrando un papel.*) Aquí está el auto.

BARON. Que me dejen respirar...

ESCRIBANO. (*Mostrando otro papel.*)
Y aquí están por inventario
las costas, que pido, &a.,
con la tasacion al canto
de los péritos.

BARON. Peritos.
Hable usted en castellano.

ESCRIBANO. Pague Usía en español.

BARON. Lo haré. Que me den un plazo.

ESCRIBANO. Eso, al tribunal.

BARON. Lo entiendo;
sí señor; mas, sin embargo...

ESCRIBANO. No; el embargo es de rigor,
y embargaré hasta los clavos.

CAMILA. ¡Dios mio...

ESCRIBANO. Reclame Usía
despues á Poncio Pilato.

BARON. Pero, hombre...

ESCRIBANO. Soi inflexible.

BARON. ¡Qué grosería y qué bárbaro
proceder!

Camila. Véngase usted
á la razon. (¡ Este Ignacio
que no viene...)
Escribano. ¡ Ea, que es tarde !
¡ Manos á la obra, muchachos ?
Baron. ¡ Ah ! ¿ Qué dirán...
Escribano. Principiémos
por los muebles de este cuarto.
Da. Rosalía. ¡ Alto ! A mí nadie me embarga.
Aquí no habita mi hermano.
Su habitacion es aquella.
¡ Eso faltaba ! Mis trastos
son inocentes, y yo
lo que no como no pago.
Escribano. Eso... se verá despues.
Yo embargaré miéntras tanto...
Da. Rosalia. ¿ Como se entiende ! Primero...
Baron. No sea usted temerario.
Mi hermana tiene razon,
lo cual suele ser mui raro,
y es que usted la coje ahora
en un lucido intervalo.
Camila. Querida tia, usted puede
conjurar este nublado.
Da. Rosalía. ¿ Como...?
Camila. Prestando á mi padre
esa suma...
Da. Rosalía. Ni un ochavo.
Camila. Por poco tiempo será,
que yo espero...
Escribano. ¿ En qué quedamos ?
Da. Rosalía. Ya he dicho que no. ¡ Que purgue
su orgullo y su despilfarro ;
y que escarmiente, y que sepa
que Dios castiga sin palo,
y no se vuelva á meter
á predicador el diablo.
Sí ; pues está la madera
para hacer cucharas !
Escribano. (*A los alguaciles.*) Vamos...
Camila. ¡ Un momento...

BARON. (*A Doña Rosalía.*) Ya no quiero
nada de tí, nada ; y si algo
me pesa en el corazon
es el haberme humillado
á una... No te digo mas
por no dar aquí un escándalo.—
Hagan ustedes su oficio,
y despachen con mil santos.
CAMILA. ¡ No, no ! Deténganse ustedes.
Se les pagará. Yo salgo
garante...
ESCRIBANO. ¡ Linda hipoteca !
Bien sé yo que mas de cuatro
la admitirian gustosos...
mas yo prefiero el metálico.
BARON. (¡ Caribe...!)
ESCRIBANO. Soi hombre, pero...
CAMILA. ¡ Pero es usted escribano !

ESCENA DÉCIMA TERCIA.

EL BARON.—CAMILA.—DOÑA ROSALÍA.—DON IGNACIO.—EL ESCRIBANO.—ALGUACILES.

D. IGNACIO. ¿ Qué es esto ?
CAMILA. ¡ Ah ! ¡ Gracias á Dios !
Ese hombre viene á embargarnos,
mi padre no tiene fondos,
y en un trance tan amargo
mi tia nos abandona ;
mas yo contaba, no en vano,
con tu jenerosidad.
Sí ; no recuerdes agravios ;
salva el honor de mi padre...
BARON. ¿ Qué ha de hacer ese cuitado ?
¡ A buen puerto me remolcas
para evitarme un naufrajio !
D. IGNACIO. (*Al escribano.*) ¿ Como se podrá escusar
que tome usted por asalto
esta respetable casa ?
ESCRIBANO. ¡ Buena pregunta ! Pagando.
D. IGNACIO. (*Sacando una cartera.*) ¿ Cuanto ?
ESCRIBANO. Catorce mil reales,
segun minuta que traigo...

D. Ignacio. (*Sacando billetes.*) Basta.
Camila. ¡Ah, bien mio!
Da. Rosalía. ¡Es posible...
D. Ignacio. (*Dando algunos billetes al escribano.*)
Tome usted.
Baron. ¿Estoi soñando?
Escribano. (*Examinando los billetes.*)
Ocho, diez, doce, y este otro...
Baron. (*Acercándose á ver los billetes.*)
Sí; ¡son billetes del banco!
Escribano. Cabal. Estámos solventes.
D. Ignacio. Si hai mas créditos, yo pago.
Baron. ¡Tú!
D. Ignacio. Véase usted conmigo.
Yo soi el apoderado
del baron.
Da. Rosalía. (*Aparte con el baron.*) Eso es obrar
con nobleza. Hé aquí un rasgo...
Baron. De que tú no eres capaz.
Escribano. Mui bien; enterado, y autos.
Señores, mui servidor...
Beso á Usías pies y manos...
respective, y perdonar.
Son deberes de mi cargo...
Y si Usías necesitan
algun poder, ó contrato
conyugal...
Camila. (¡Ah! ¡Quiera Dios...)
Escribano. Ó testamento...
Baron. Mal rayo
le confunda á usted primero.
Escribano. Esto no es decir...
Baron. ¡Eh... ¡Largo!

ESCENA DÉCIMA CUARTA.

EL BARON.—CAMILA.—DON IGNACIO.—DOÑA ROSALÍA.

Da. Rosalía. ¡Qué sorpresa!
Baron. (¡Qué bochorno!)
(*Se aparta á un lado cabizbajo y pensativo.*)
Da. Rosalía. Esta mañana temprano
tan pobrecito, ¡y ahora...

CAMILA. ¡Vea usted!
DA. ROSALÍA. ¿Donde has hallado
esa mina?
D. IGNACIO. En dos palabras
voi á esplicar el milagro.
La bancarrota del socio
á quien confié mi barco,
fué supuesta; en Veracruz
se hizo despues millonario;
atacado de la fiebre
que hace allí tantos estragos
sintió próximo su fin,
y al lecho mortal llamando
al marques de Poze.frio,
que es su deudo mas cercano,
le descubrió su secreto,
ordenándole, en descargo
de su conciencia oprimida,
que sin tregua ni descanso
me buscara, y que la herencia
partiésemos como hermanos;
y el marques me abre sus arcas
y antepone entre mis brazos
á las iras del zeloso
los deberes del hidalgo.
CAMILA. Y yo, temblando por tí,
como la hoja en el arbol,
contra tu vida, que es mia,
creí su rencor armado.
¡Dios mi injusticia perdone!
DA. ROSALÍA, ¡Jesus, qué marques tan guapo!
Vaya... siento un regocijo...
(*Al baron.*) ¿Qué haces tú tan cabizbajo?
No responde. Ya se ve;
la vergüenza... No lo estraño.
D. IGNACIO. Rico soi, mas no me engríen
las riquezas, sino el lauro
de emplearlas en obsequio
de un tio á quien amo tanto.
BARON. (¡Ah!)
CAMILA. Ese tio puede darte
mucho mas que tú le has dado;

lo que vale para tí
mas que Méjico: mi mano...
Y no te la negará
sabiendo que te idolatro,
y entre un padre y una hija
ya no se alzará inhumano
ese yerto qué dirán,
fuente para mí de llanto.

BARON. (¡Oh!)

CAMILA. Le enjugará piadoso,
y cuando á escojer le damos
entre perder á su hija
ó ser el padre de entrambos,
no hai que temer su eleccion,
que su pecho no es de mármol.

DA. ROSALÍA. ¿Aun vacilas?

BARON. ¡Eh... Dejadme...
(Quisiera estar siete estados
bajo tierra.) Y bien, yo he sido
un inícuo, un mentecato.
(*A Don Ignacio.*) Mi preocupacion ridícula
me pintaba con nefandos
colores tu mostrador
de Gibraltar. Tu bizarro
proceder me ha confundido
y me ha hecho caer de mi asno.
Para espiar mi locura
y probar mi desengaño,
me haré si quereis tendero;
pondré en la calle un tinglado
y gritaré: "¡buenos fósforos
y papel para cigarros!"
¿Quereis mas?

D. IGNACIO. ¡Ah, tio!

CAMILA. ¡Ah, padre!

BARON. Pero si ahora me ablando
y aquel injusto desvío
convierto en dulce agasajo,
de tan brusca peripecia
¿qué dirán los Aristarcos?
No dirán que me ha rendido

la virtud de ese muchacho;
dirán que el vil interes...

CAMILA. ¡Que temor tan infundado!

D. IGNACIO. ¡Otra vez el ¿qué dirán?...

CAMILA. ¡Vaya que es fuerte trabajo!...
¿Con que ántes porque era pobre
y ahora porque es propietario?...
¡Como templar esta gaita,
Dios mio!

BARON. ¡Lleven los diablos
mi vergüenza... vergonzosa!
El ¿qué dirán? es un fátuo
sí en el deber no se funda
y si al bien sirve de obstáculo.
Venid, venid, hijos mios...
¡Abrazadme y abrazaos! (*Lo hacen así.*)

CAMILA. ¡Ah! ¡Soi feliz!

D. IGNACIO. ¡Oh placer
inefable!

DA. ROSALÍA. ¡Hermoso cuadro!—
¡Un plan, un plan... Las dos bodas
en mi casita de campo...

ESCENA DÉCIMA QUINTA.

EL BARON.—CAMILA.—DOÑA ROSALÍA.—DON IGNACIO.—
DON TORIBIO.--LORENZA.

(Llega Don Toribio por el foro dando el brazo á Lorenza.)

D. TORIBIO. Con permiso...

DA. ROSALÍA. (*Volviendo la cabeza.*) ¿Quien... ¡Qué veo!

D. TORIBIO. Nada de particular.
Usted despide á Lorenza,
y yo, que soi mui galan,
la acompaño...

DA. ROSALÍA. ¡Horror! ¡Infamia!...

D. TORIBIO. No lo tome usted á mal.
Yo, usted, ella; ambos... á tres
somos mayores de edad;
y la lei nos hace libres;
y se acabó; y la moral
no se ofende, porque aquí
se juega limpio... y no hai mas...

y yo me caso con ella,
y ella conmigo... y cabal.

DA. ROSALÍA. (*Dejándose caer en un sillon.*)
¡ Desventurada de mí !

D. IGNACIO. ¿ Quien habia de pensar...

CAMILA. ¿ Ahora salímos con eso ?

BARON. ¡ Eh ! ¿ No lo decia ? ¡ Paf !
Se apeó por las orejas.

(*Don Ignacio y Camila se acercan á consolor á su tia.*)

D. IGNACIO. ¡ Llora usted porque se va !

DA. ROSALÍA. ¡ Dejadme ! ¡ Venganza ! ¡ Monstruo !

D. IGNACIO. Antes se debe alegrar...

CAMILA. ¡ Pudiera usted ser feliz
con semejante animal ?

D. TORIBIO. ¿ Como...

LORENZA. ¡ Prudencia !

D, TORIBIO. Sí ; vámonos,
que haré una bestialidad.

DA. ROSALÍA. ¡ Ingrato ! ¡ Vil !...

D. TORIBIO. Somos frájiles,
y un cuarto de hora fatal...
El amor... Yo bien quisiera
tener otra lei al pan
que como ; pero esa jóven
iba á ser víctima ya
de mi... indisciplina, y yo...
¿ Qué quiere usted ? Vi su afan,
la vi llorar de ambos ojos
en desecha tempestad,
y tirarse de las greñas,
y romper el delantal...
Ella hermosa y aflijida,
yo que soi un mazapan...
En fin... ¿ Qué remedio ? Fué
preciso capitular.

DA. ROSALÍA. ¡ Dejarme por una zafia
cocinera...

LORENZA. Bien ; ¿ y qué hai ?
Cocinera, pero...

D. TORIBIO. Tente.
Déjame á mí contestar.
Casarme yo con usted

era... una arbitrariedad.
De una señora á un lacayo
mayor diferencia va
que de un ex-lacayo... ¡pues!
á una... ¿Estámos? Cada cual
con su cada cual... y abur...
(*Al baron.*) Dígala usted lo demas.

ESCENA DÉCIMA SESTA.

EL BARON.—DOÑA ROSALÍA.—DON IGNACIO.—CAMILA.

DA. ROSALÍA. ¡Villano! ¡Ruin! ¡Miserable!
¡Miren qué pago me da!
¡Ah! Si mi furor...
BARON. Terrible
es la leccion en verdad,
aunque bien la has merecido.
Culpabas mi ¿qué dirán?
pero...
DA. ROSALÍA. (*Levantándose.*) ¡No quiero sermones!
BARON. Escucha...
DA. ROSALÍA. Déjame en paz.
(*Se va por la izquierda dando un portazo.*)

ESCENA ÚLTIMA.

EL BARON.—CAMILA.—DON IGNACIO.

CAMILA. ¡Pobre tia!
BARON. ¡Incorrejible!
Es inútil predicar;
porque el falso pundonor
y la necia vanidad
son males que con el tiempo
la razon suele curar,
mas quien pierde la verguenza...
no la recobra jamas.

FIN DE LA COMEDIA.